


CONQUISTA ESPACIO

# EL IMPERIO DE UN MILLON DE AÑOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

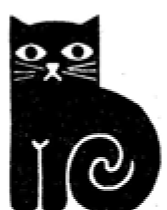
FUTURO

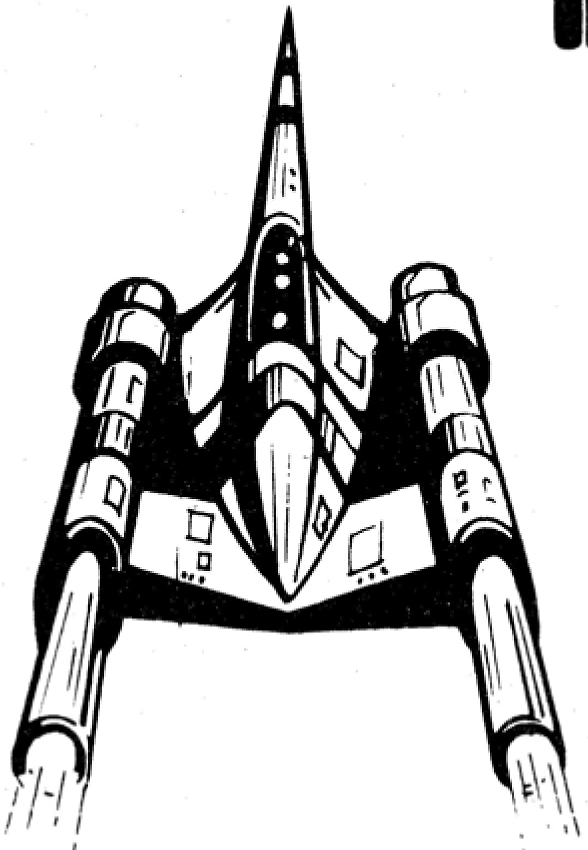
# EL IMPERIO DE UN MILLON DE AÑOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION







# La conquista del ESPACIO

# ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

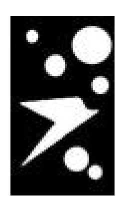
1. —El experimento del profesor Deluca, *Kelltom McIntire*.
2. —Nunca vayas a Marte,*Lou Carrigan*.
3. —El templo del dios Gumma, *Joseph Berna.*
4. —Ataque a Wiranai, *Kelltom McIntire.*
5. —Fronteras de la galaxia, *Clark Carrados.*

1.

KELLTOM McINTIRE

# EL IMPERIO DE UN MILLÓN DE AÑOS

**Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 682Publicación semanal**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

*ISBN 84-02-02525-0*

*Depósito Legal: B 26.299–1983*

*Impreso en España – Printed in Spain*

*1. ª edición en España: septiembre, 1983*

*1. ª edición en América: marzo, 1984*

© **KELLTOM McINTIRE –** 1983

*texto*

© **MIGUEL GARCÍA –** 1983

*cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela,**

**así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, km 21,650) Barcelona – 1983

# CAPÍTULO PRIMERO

Desde lo alto del acantilado, la cantera de Koo-Warani semejaba un hervidero de pequeños insectos pululantes.

Pero no eran insectos, sino más de cien mil seres humanos que trabajaban incesantemente bajo la amenaza de los látigos de los hercúleos cachicanes.

El acantilado descendía unos ciento cincuenta metros en tajo vertical y, a partir de allí, en altos escalones cúbicos hasta la dilatada llanura.

Para la mayoría de los cien mil esclavos que trabajaban de sol a sol en aquel lugar, ser enviados a la cantera de Koo-Warani, suponía tanto como ser deportados al infierno.

—La egolatría del tirano Kaimori no se sentirá satisfecha hasta que haya sido colocada la última piedra de la fabulosa ciudad de Kriimon-Rah —susurró el anciano Tummelai, deteniéndose un momento para recuperar el aliento.

Su compañero era el hermético Kaan, un individuo delgado, de aspecto ascético y edad indefinible.

Tummelai sabía que su final estaba próximo. Obligado a trabajar en durísimas condiciones de sol a sol, soportando a veces los inhumanos castigos de los insensibles cachicanes, el hambre y la sed y las terribles inclemencias del clima, su organismo se había ido debilitando hasta convertir en un esqueleto viviente al que había sido un hercúleo y altivo jefe de tribu.

Kaan seguía tallando un sillar, infatigable, al parecer. A cierta distancia, uno de los corpulentos capataces, vigilaba al grupo de tallistas que esculpían filigranas sobre los bloques de granito.

Más arriba, doscientos esclavos movían el torno que hacía funcionar una colosal, aunque rudimentaria, sierra de cable. Cortar un bloque de granito, suponía miles de horas de trabajo agotador, pero ¿qué podía importarle tal minucia al tirano, dueño de millones de vidas...?

—Desde que me trajeron a Koo-Warani, he visto morir por

consunción a más de doce mil hombres —comentó el esquelético Tummelai.

El capataz se acercaba. Con un esfuerzo infinito, el anciano tomó a empuñar el pesado martillo y el buril y simuló continuar su trabajo, aunque apenas le restaban fuerzas para sostener el cincel.

—¡Aprisa, aprisa! —bramó el cachicán. E hizo restallar sonoramente su rebenque.

Aprisa, siempre aprisa.

—Kaimori se siente ansioso por aposentarse en su nueva metrópoli —gruñó Tummelai—. Dicen que los orfebres han invertido ochenta toneladas de oro fino en la construcción del trono en el que se sentará ese asesino. ¡Yo fundiría ese oro en un solo bloque, en el centro del cual, achicharrado, estaría el criminal Kaimori!

Kaan le miró un momento a través de sus ojos grises e inexpresivos.

—¡Calla! —susurró—. ¡Si uno de esos sicarios llegara a oírte…!

—Todos saben cómo pienso, Kaan —murmuró el viejo, desesperado—. Yo amaba la vida, pero estos sicarios me han obligado a aborrecerla Ahora… sólo deseo que llegue la muerte cuanto antes, para descansar. ¡Si supieras cuánto necesito descansar, amigo mío!

Kaan se detuvo un momento.

—Lo sé, lo sé, pero debemos tener paciencia. Sé que pronto las cosas cambiarán —susurró al oído de Tummelai, vigilando de reojo al cachicán que se alejaba.

Tummelai le dirigió una mirada de desesperanza.

—¡Las cosas cambiarán! —exclamó, desalentado—. Hace tres años que no te oigo decir otra cosa, Kaan. Pero jamás llega el momento de la ansiada liberación. Para mí, estoy seguro, llegará demasiado tarde. Si es que las cosas cambian alguna vez.

—Ten confianza, Tummelai —respondió Kaan, más expresivo que de ordinario—. El fin del tirano está próximo. Tu estirpe procede de la Tierra, ¿no es cierto?

Tummelai asintió.

—Sí. Mi tatarabuelo fue de los pioneros enviados a poblar este

planeta desierto. Mis antecesores pudieron elegir libremente su hábitat y escogieron las praderas, donde se convirtieron en cazadores. Fueron muy felices durante varias generaciones y yo mismo llegué a convertirme en jefe de mi tribu. Entonces vivíamos en el paraíso, amigo mío. Cazábamos, curtíamos pieles y recogíamos los abundantes frutos de los árboles de las zonas boscosas. Nuestra vida era absolutamente libre e independiente; no existían las enfermedades, ni teníamos que enfrentamos a las catástrofes o al hambre. ¡Éramos dichosos…! —exclamó el anciano, cuya expresión se había ido animando paulatinamente.

Recobró el aliento y prosiguió:

—Era un proyecto de vida natural, que se fue desarrollando y cumpliendo por sí mismo. Nuestra raza se multiplicaba, crecía y se extendía por las sabanas y praderas de la zona templada. Nadie nos acosaba, nadie nos exigía nada. No existían impuestos ni presiones de otro orden. Pero después…

—¿Sí?

—Al cabo de los años, surgieron individuos como Kaimori. Seres ambiciosos, desprovistos de conciencia, ávidos de poder y de riquezas. Kaimori asesinó a todos sus rivales y se erigió en dueño absoluto de este planeta, el que antiguamente llamaban Marte y que hoy se llama oficialmente Kaimoria. ¡Hasta ahí ha llegado la soberbia del tirano, hasta cambiar el nombre a un planeta!

—Sigue, por favor, Tummelai. Lo que me cuentas ha despertado mi interés —pidió Kaan, simulando trabajar, aunque su martillo caía sin rigor sobre el buril de brillante acero.

—Kaimori aprovechó, astutamente, la ocasión más propicia —continuó Tummelai—. Cuando en la Tierra estalló la fratricida Guerra Total, Kaimori se alzó contra el Gobierno legal, asesinó a los representantes y se erigió en dictador, en emperador absoluto. Las comunicaciones entre la Tierra y este planeta quedaron bruscamente interrumpidas, todo lo cual favoreció los planes imperialistas de Kaimori, el cual decidió entonces cambiar su nombre legal, Kurt Commodore, por el de Kaimori, que le pareció más de acuerdo con su rango de rey absolutista.

—Tengo entendido que la Tierra quedó arrasada, tras la Guerra Total —comentó Kaan.

—Así es, amigo mío —susurró Tummelai—. La ambición y la soberbia enfrentaron a los dos bloques hegemónicos y las terribles

armas que ambos detentaban consiguieron la catástrofe final. Una civilización avanzada y moderna terminó aniquilada por los mismos ingenios que había creado. Sus propias fuerzas se volvieron contra ellos. Las últimas noticias que llegaron a este planeta, indicaban que los escasos supervivientes se habían visto obligados a vivir en las entrañas de la tierra. El profundo trauma psicológico sufrido, borró de sus mentes todo recuerdo. Transcurrirán siglos enteros antes de que los terrestres vuelvan a progresar. Naturalmente, yo no viviré para contarlo. Mi vida se acaba, Kaan, amigo mío —confesó, con un débil suspiro.

Kaan no era demasiado expresivo, pero esta vez habló fogosamente:

—¡Animo, venerable Tummelai! El final del dictador está próximo. No está lejos de aquí quien se enfrentará a Kaimori y le hará morder el polvo...

—En sus ojos grises había un fulgor nuevo; su expresión era misteriosa, como la del que guarda algún importante secreto.

—Pero ¿quién es ese enigmático caudillo? ¿Tú, quizá, Kaan? —preguntó el anciano, esperanzado.

Kaan movió la cabeza negativamente.

—No, yo sólo soy un siervo, anciano. Quien se enfrentará a Kaimori vale mil veces más que yo. Pero callemos: uno de esos sicarios se acerca.

En efecto, uno de los musculosos capataces realizaba su ronda muy cerca y les dirigió una mirada inquisitiva y penetrante.

El sicario permaneció varios minutos observando a los dos esclavos, que habían tornado a su labor de talla. Al compás de los golpes de buril, la piedra iba convirtiéndose lentamente en bellísimos altorrelieves.

Al fin, el cachicán se alejó, haciendo restallar de cuando en cuando su temible látigo.

—Ese hombre, Yormon, me odia —murmuró Tummelai, cuando el capataz se alejó—. Hoy me siento más débil que nunca, Kaan. Mi trabajo no ha progresado en la medida establecida. Al final de la jornada, Yormon lo advertirá fácilmente y me golpeará con su látigo hasta arrancarme la piel. No podré resistir una paliza más. Por fin, iré a reunirme con mis antepasados.

—¡Calla! —siseó Kaan—. No tendrás que afrontar ningún castigo. Yo haré tu trabajo. Descansa. Yormon está lejos. Yo trabajaré por ti.

—Te lo agradezco profundamente, amigo mío. Yo me siento ya al límite de mis fuerzas. ¡Si no fuera por tu desinterés de ayuda...!

—No digas nada. Apártate. Déjame trabajar —pidió Kaan.

Tummelai sedejó caer ala sombra,extenuadoy torpe.

En las manos de Kaan, elburil y el martillo comenzarona golpear hábilmente la dura piedra de granito.

«Es incansable —pensó el anciano, admirado—. Trabaja sin descanso dela mañana ala noche ynunca damuestras de fatiga. Si nofuera porquesus hechosrevelan aun hombre compasivo y abnegado, pensaría que Kaan no es una persona, sino una máquina...»

# CAPÍTULOII

A mediodía, las paredes del acantilado repitieron espectacularmente el toque del colosal gong que acababa de hacer sonar Yormon, jefe de los vigilantes.

Los trabajadores cautivos arrojaron sus herramientas y se dejaron caer al suelo, exhaustos.

Sonó por segunda vez el gong y los esclavos se alzaron de mala gana y fueron agrupándose alrededor de los carromatos que distribuían el rancho.

Tummelai no podía sostenerse en pie.

—Ve tú —dijo a su amigo—. Las fuerzas me han abandonado.

Yvolvió a dejarse caer como un muñeco inarticulado.

—Por favor, anciano, levántate —le suplicó Kaan—. Sabes bien que te quedarás sin tu porción de rancho si no compareces en tu sección. Sé que estás débil y enfermo, pero necesitas comer algo. Aunque sea esa bazofia de rancho.

Tummelai denegó con un leve movimiento de cabeza. Jadeaba estertorosamente.

—No tengo apetito. Sólo deseo la muerte —murmuró con voz apagada.

Pero Kaan se inclinó, le tomó por la cintura y le puso en pie. Luego, sosteniéndole con brazo fuerte, le impulsó a continuar caminando hasta que ambos se incorporaron a la hilera de forzados que se había formado junto a uno de los carros del rancho.

Al cabo de unos minutos, recibieron un cazo de cereales cocidos con grasa animal y volvieron despacio a su cantería.

Kaan acomodó al anciano a la sombra y puso un cuenco con comida en sus temblorosas manos.

—Animo, Tummelai. ¡Aún no ha llegado tu hora! —exclamó, solícito.

—No tardará en llegar —respondió el anciano, escéptico.

Sin embargo, y en honor a su compañero, sacó de sus miserables ropas una cuchara fabricada con asta de cuerno y comenzó a comer sin ganas.

—¡Es un miserable, ese déspota de Kaimori! Sus poderosas máquinas podrían realizar la mayor parte de este trabajo de esclavos. Kaimori posee aeronaves, astronaves, poderosos y veloces vehículos de tierra y un colosal parque de maquinaria. Pero él se cree un antiguo faraón egipcio y desea que la fabulosa ciudad de Kriimon-Rah sea regada con la sangre de millares de infelices como nosotros... —rezongó el anciano, pálido de ira.

—Tienes razón. No comprendo ese loco capricho de erigir una gran metrópoli en mitad del desierto. Ya contaba con las instalaciones de Hagora, Khandra y Yewali. ¿Para qué todo este derroche? —respondió Kaan.

Tummelai iba a decir algo, cuando se produjo un revuelo de esclavos y cachicanes al otro extremo del campamento.

De repente, se dejó oír un silbido estridente, tan agudo que hería los oídos.

Tummelai y Kaan intercambiaron una mirada de consternación.

No era necesario hacer preguntas. Ambos sabían que cuando se dejaba oír el penetrante sonido del silbato especial de Yormon, uno o varios forzados habían intentado la huida.

Al instante, de las altas cumbres de la montaña próxima se desprendieron varios enormes *hizzgus*, gigantescos cóndores de seis metros de envergadura, rapaces adiestradas por los cachicanes para impedir la fuga de los condenados de Koo-Warani.

Cuatro *hizzgus* descendieron planeando hacia el campamento y se alejaron hacia el norte.

Pocos minutos después, las grandes carroñeras volvían a sobrevolar el campamento. Algo se desprendió de lo alto y se precipitó vertiginosamente a tierra. Un momento después, percibieron el rumor del golpe.

—Un desgraciado menos —murmuró Tummelai, sombrío—. Un pobre estúpido que soñó con la libertad, una utopía cuando el soñador se encuentra en Koo-Warani. ¡Pobre ignorante! Ese hombre

desconocía, sin duda, que de aquí sólo puede escapar uno eligiendo el camino único: el de la muerte.

A cierta distancia de allí, Yormon, el gigantesco jefe de vigilantes, lanzaba una arenga admonitoria a los forzados.

—…Conocéis la suerte que os espera si intentáis escapar o rebelaros, prisioneros. Los *hizzgus* de Koo-Warani vigilan día y noche y no permitirán que os alejéis demasiado. Ya habéis visto lo que le ha ocurrido a ese insensato de Koyyu: los cóndores le alcanzaron antes de que se hubiese alejado unos centenares de metros del campamento. Y ahora quiero brindaros un poco de diversión. ¡Observad!

Hizo sonar aquel silbato, cuyo sonido perturbador penetraba el cerebro, y en seguida las grandes carroñeras se cernieron desde las alturas y con gran fragor se posaron en el lugar donde yacía el cuerpo destrozado de Koyyu.

Algunos forzados se apartaron, aterrados, cuando las enormes bestias elevaron una polvareda blanquecina con sus descomunales alas.

Luego se escucharon los horribles graznidos de los cóndores, que se disputaban la pitanza. Los *hizzgus*, cuyo peso era superior a una tonelada, saltaban en el aire y se enfrentaban a picotazos con terrible ferocidad.

En pocos minutos, las carroñeras dieron cuenta de su víctima. Luego corrieron pesadamente por la llanura y alzaron su tardo vuelo, se remontaron y se alejaron hacia los riscos que les servían de apostadero.

Tummelai arrojó su comida, asqueado.

—¡Yormon no tiene entrañas…! —bramó, colérico—. ¡Ojalá un día esas bestias que él mismo ha adiestrado le devoren vivo!

—Calla, anciano. Ya llegará tu hora —le aconsejó Kaan.

El sol caía a plomo sobre el campamento. La temperatura era tan elevada que las rocas del acantilado producían fuertes crujidos. De cuando en cuando, un peñasco rodaba desde las alturas e iba convirtiéndose en menudos fragmentos al estrellarse contra los salientes.

Sin embargo durante la noche la temperatura descendería hasta diez o quince grados bajo cero. Los cautivos tiritarían entonces de frío, cobijados en los barracones situados a cierta distancia del

campamento de la cantera. Los barracones habían sido construidos con desechos de las factorías de Kaimori y no ofrecían apenas protección contra el frío intenso.

Varios miles de cautivos de los cien mil que trabajaban en Koo-Warani padecían enfermedades de las vías respiratorias y la mayoría terminaban tísicos. Pero en el campamento no había ningún médico ni servicios sanitarios para prestarles asistencia. El que contraía una enfermedad sabía de antemano que estaba abocado a morir.

Yormon decía que aquello era *selección natural*. Los más fuertes, resistentes y capaces resistirían y sobrevivirían. Los más débiles, enfermizos e ineptos perecerían y sus cadáveres serían transportados a los barrancos de las estribaciones de la montaña, donde los *hizzgus*, que se multiplicaban cada año, se cebarían en sus pobres piltrafas.

Antes de que Kaan hubiera dado fin a su condumio, se dejó oír el toque de gong que ordenaba la vuelta al trabajo. Apenas habían transcurrido quince minutos.

Kaan se tragó apresuradamente los últimos bocados, colgó su cuenco del cinturón y tendió sus brazos a Tummelai.

—¡Vamos, anciano! Es preciso continuar nuestra tarea —dijo.

Tummelai se alzó, vacilante y temblón.

Su compañero le dejó apoyado sobre un sillar a medio esculpir y tomó sus herramientas. A los pocos minutos, los presos habían olvidado el incidente que costara la vida a uno de los forzados.

Era preciso así. No podían recrearse en su desgracia si querían cortar la locura.

Poco a poco, el estrépito de las herramientas fue elevándose hasta formar un rumor monocorde y ensordecedor.

Los trescientos cachicanes de Yormon paseaban lentamente sobre los numerosos grupos de forzados, vigilando que todos conservaran el ritmo y el rendimiento del trabajo.

El mismo Yormon se acercó poco después al lugar de la cantería donde trabajaban Kaan y el anciano Tummelai.

Yormon poseía un físico impresionante. De una estatura superior a los dos metros de altura, su redonda cabeza parecía pequeña en proporción con los anchísimos hombros musculosos.

Sus ojos eran oblicuos, estrechos, malignos. Las cejas, espesas y muy arqueadas hacia arriba, le conferían una expresión brutal.

Sólo vestía un faldellín de cuero, ajorcas de oro en las anchas muñecas y enormes brazaletes de plata en los voluminosos bíceps. Botas de flexible cuero hasta la rodilla completaban su atavío.

Su cráneo estaba rapado, a excepción del occipucio, donde crecía una larga coleta, ceñida por una fina cadena de oro. De otra cadena, de plata, más gruesa y resistente, pendía el raro silbato con el que llamaba a los *hizzgus*, aquellas extrañas bestias aladas que acudían obedientemente a su llamada cuando se producía algún incidente en el campamento.

Yormon dirigió una fría mirada a Tummelai.

—Estás exhalando tus últimos suspiros, viejo —exclamó, hiriente—. ¡Dentro de poco irás a parar a los buches de los *hizzgus*

Tummelai se irguió lentamente.

El pesado martillo temblaba en su mano, sostenido por un brazo escuálido. A pesar de ello, el anciano parecía decidido a estampar la herramienta contra el rostro de Yormon, antes de que...

Kaan intervino.

—Vamos, anciano. El jefe Yormon tiene razón: no te quedan muchos días de vida. ¿Para qué malgastar tus últimas fuerzas? —le detuvo.

Tummelai se volvió, desagradablemente sorprendido. Las palabras de Kaan acababan de herirle en lo más vivo.

Pero las feroces carcajadas del jefe de cachicanes reclamaron de nuevo la atención del anciano.

—¡Déjalo, Kaan! —la voz era un desafío—. ¡Adelante, Tummelai! Adivino que estás deseando abrirme el cráneo de un martillazo... ¡Atrévete!

Pero Tummelai dejó caer el martillo, exhausto.

El jefe de cachicanes alzó entonces su látigo y la serpiente de cuero cruzó como un relámpago el rostro de Tummelai.

El anciano exhaló un alarido y cayó sobre el sillar con el rostro bañado en sangre.

Cuando Yormon se alejó soltando risotadas, Kaan se inclinó, solícito, sobre el anciano.

—Perdóname, Tummelai: si hablé así, fue por contestar a ese canalla y evitar que ocurriera esto.

Sacó un trapo limpio de entre sus ropas y enjugó cuidadosamente el verdugón que, en caprichoso dibujo sinuoso, cruzaba las arrugadas facciones del viejo tallista.

—Perdóname tú, Kaan. Por un momento creí que te habías vuelto contra mí —respondió Tummelai—. No te preocupes, amigo: no ha sido nada. Incluso Yormon empieza a humanizarse: en otra ocasión me hubiera asestado dos docenas de latigazos.

Kaan guardó el trapo ensangrentado y volvió a su trabajo. Cincelaba un rato el sillar en que trabajaba Tummelai y volvía al suyo. Y así incesantemente, sin tomarse el menor respiro.

En el suelo, el viejo rezongaba entre dientes:

—Ese criminal me odia a muerte, pues sabe muy bien que si yo tuviera cuarenta años menos no vacilaría en alzarme contra ellos y contra el mismo Kaimori. ¿No te has dado cuenta, Kaan? Yormon me respeta, en cierto modo. Pero no es por humanidad, sino porque no abundan los buenos tallistas. Y Kaimori desea ver terminado cuanto antes el palacio que se yerguerá por encima de la ciudad de Kriimon-Rah. Sólo porque no sería fácil reemplazarme, esa bestia humana no me ha asesinado aún...

Kaan no hizo ningún comentario. Trabajaba sin pausa.

Quinientos forzados estaban acarreando los sillares, ya terminados, hasta una de aquellas grandes plataformas de madera sobre toscas ruedas de granito. Los primitivos vehículos transportaban su carga lentamente hasta el corazón del desierto, sesenta kilómetros hacia el sur, donde se estaba construyendo, a marchas forzadas, la portentosa ciudad de Kriimon-Rah.

El déspota Kaimori era tan vanidoso que había hecho construir aquella soberbia metrópoli con el único objetivo de deslumbrar a sus indolentes cortesanos.

Kaimori había enriquecido al arquitecto Yumaine, autor del proyecto, y a todos sus colaboradores, los cuales no sólo halagaban la egolatría del dictador, sino que daban alas a su fantasía con nuevos y ambiciosos proyectos.

De Yumaine era la idea de situar el palacio del emperador en un lugar que dominase la extensísima y nueva ciudad, que vendría a conformar una a modo de montaña artificial, en cuya cima se alzaría la torre de seiscientos metros que alojaría las dependencias reales.

—¡Magnífico! —había exclamado Kaimori cuando su arquitecto le brindó la idea—. Deseo que mi torre sea visible desde todos los confines del desierto.

Su decisión de situar la metrópoli de Kriimon-Rah en medio de la árida llanura, se debía a la natural desconfianza de todos los déspotas. Los disidentes y los rebeldes se verían siempre limitados en sus ansias de revancha por la barrera que suponía aquel desierto poblado de reptiles monstruosos, escorpiones gigantes y sabandijas venenosas de toda laya, que pululaban en las arenas y roquedales.

El proyecto de Yumaine incluía, además, un ancho y profundo foso lleno de agua, en el que los servidores de Kaimori criaban escualos y saurios de gran tamaño.

Como el pueblo no poseía ningún medio de locomoción rápido, atravesar más de doscientos kilómetros de desierto a pie suponía una barrera infranqueable.

Los forzados acababan de cargar la plataforma con doscientas toneladas de bloques de granito tallados. Cuatro mil infelices prisioneros encadenados tirarían del pesadísimo carruaje a través de la pista que se dirigía a Kriimon-Rah.

Naturalmente, la noche solía sorprenderles en mitad del desierto. Entonces, los cautivos se veían obligados a protegerse bajo las enormes plataformas de carga.

Por fortuna, los reptiles y sabandijas del desierto se aletargaban en cuanto se ponía el sol. De día, los cachicanes empuñaban sus mortíferos fusiles y abatían a los reptiles que les salían al paso, no siguiendo humanitarios sentimientos, sino impulsados por la conveniencia.

De todas formas, las temperaturas nocturnas eran tan extremadamente crudas, que muchos de ellos eran hallados, a la mañana siguiente, rígidos y yertos bajo las sólidas vigas de la plataforma

Los cadáveres eran abandonados al nuevo sol y eran presa de los saurios y reptiles, que sólo dejaban sus huesos, por lo que toda la ruta aparecía flanqueada por hileras de esqueletos humanos que se



blanqueaban lentamente al sol.

# CAPÍTULO III

Cuando Yormon se alejó, Kaan se te quedó mirando.

—¿En qué piensas? —te preguntó Tummelai, viéndole tan abstraído y distante.

—¡Si yo pudiera arrebatarle ese silbato o pudiera robar uno semejante! —exclamó el extraño Kaan.

Tummelai se sentía desconcertado.

—¿El silbato? ¿Qué harías tú con él, pobre amigo mío? —comentó—. Los *hizzgus* sólo le obedecen a él, si es que estabas pensando en algo parecido.

—Te equivocas, anciano. Cualquiera podría hacerse obedecer por las aves carroñeras si estuviera en posesión de ese silbato. ¿No lo has advertido? Cuando Yormon lo toca, hace sonar una serie de silbidos muy particulares. Es una cadencia especial, mediante la cual consigue hacerse obedecer por los *hizzgus*. ¡Si yo pudiera arrebatárselo!

—¡Ni lo intentes! —respondió Tummelai—. Ahora eres tú el que se muestra imprudente y temerario. Si osases arrebatarle ese objeto a Yormon, ese criminal, no dudaría en despedazarte con sus propias manos. En cierta ocasión, cinco fanáticos intentaron sorprenderle por la espalda. Pues bien: Yormon se deshizo de los cinco, utilizando sólo sus manos. Estranguló a los dos primeros, a cada uno con una de sus enormes manos; chocó después las cabezas de otros dos hasta destrozarlas entre sí y al último lo despedazó con tanta facilidad como tú desmenuzarías a una mosca. No te aconsejo que intentes nada contra ese salvaje lacayo de Kaimori.

Pero Kaan respondió:

—Ya veremos. Tal vez alguna vez se presente la ocasión propicia.

Volvió a tomar las herramientas y trabajó con ahínco, tratando de recuperar el tiempo perdido.

Tenía que rendir de firme, pues se había propuesto terminar en

aquella jomada el trabajo suyo y el del anciano, quien a todas luces se sentía impotente para realizar el menor esfuerzo.

Tummelai le admiraba sinceramente.

No obstante, a veces experimentaba una repentina desconfianza. ¿Cómo era posible que aquel individuo, de estatura media y menguadas condiciones físicas poseyera tan increíble resistencia?

El trabajo era durísimo, pero Kaan no sólo llevaba a término el suyo sin demostrar fatiga, sino que además cargaba con la tarea encomendada a Tummelai.

Algunos rasgos personales de Kaan molestaban íntimamente al anciano. Kaan, por no ir más lejos, era inconmovible. La desgracia sufrida por un compañero —como la muerte tan próxima de Koyyu— le dejaba indiferente. Tummelai jamás le había visto emocionarse, y mucho menos derramar lágrimas de frustración o de compasión ante el infortunio de los demás.

Tal vez Kaan fuera inmune a las emociones más normales en el género humano. De todas formas, Tummelai no tenía la menor queja de él. Si no fuera por Kaan, el anciano estaba seguro de que no hubiera sobrevivido desde que comenzó a padecer aquella traidora enfermedad reumática que deformaba sus huesos y paralizaba sus articulaciones.

—Es un buen hombre —reflexionó—. Pero no sabe reír ni llorar.

Estaba pensando en esto, cuando allá en las alturas escarpadas resonó un espeluznante crujido, seguido de unos chillidos de terror.

Del acantilado se desprendió de pronto un ciclópeo bloque de granito, que rebotó con gran estruendo en los primeros escalones de la cantera, se dividió en dos pedazos, uno de los cuales cayó sobre la sierra de cable y la convirtió en astillas.

El otro pedazo, una mole de unas veinte toneladas, rodó por la pendiente y arrolló a varias docenas de forzados.

Los restantes obreros de aquel sector huyeron a la desbandada, temerosos de ser alcanzados por nuevos desprendimientos o los pesados fragmentos que volaban en todas direcciones.

Fue inútil que un grupo de cachicanes les salieran al paso blandiendo sus temibles rebenques: los prisioneros habían enloquecido

y atropellaban a todo aquel que se opusiese a su paso.

Sonó el silbato de Yormon y acudieron guardas armados, los cuales dispararon a matar. Era necesariamente así, pues los proyectiles explosivos que disparaban causaban enormes destrozos en los cuerpos de los fugitivos.

Kaan se lanzó sobre Tummelai, le derribó y le cubrió con su cuerpo, mientras restallaba, estrepitoso, el fuego de fusilería.

Cuando cesaron los disparos, los cadáveres de ciento ochenta cautivos quedaban sobre las rocas. Una cincuenta de ellos habían sido víctimas de un accidente casual, pero los restantes habían sido asesinados a mansalva por los vigilantes.

Los métodos de Yormon eran crueles y expeditivos: a la menor señal de pánico colectivo, los fusiles comenzaban a disparar. Con ello evitaba que la oleada de pánico se transmitiera a miles y miles de hombres, los cuales, en movimiento, podrían llegar a crear gravísimos problemas a los vigilantes.

Yormon no temía a ningún preso, individualmente. No había dudado en enfrentarse solo a pequeños grupos de sediciosos o rebeldes. Pero sentía un temor supersticioso a la muchedumbre, y por ello no dudaba en asesinar a unos cuantos —incluso a decenas— con tal de mantener el orden en el campamento de Koo-Warani.

Recuperada la calma, varios cachicanes armados organizaron la recogida de los cadáveres, los cuales fueron cargados en los mismos carruajes que servían para transportar el rancho.

Los cuerpos aplastados o destrozados por las balas explosivas fueron a formar un gran montón a cierta distancia del campamento. A la mañana siguiente, muy temprano, serían transportados a los barrancos, donde los *hizzgus* se darían un gran banquete con sus carroñas.

Así era la vida en Koo-Warani. Como Yormon predicaba, los más débiles fenecían. Sólo los más fuertes de cuerpo y espíritu permanecían. Aunque, lógicamente, sus corazones llegaban a insensibilizarse hasta límites insospechados.

Era verano en el hemisferio norte de Kaimoria y cada jornada suponía catorce horas de agotador trabajo a pleno sol.

Los carruajes que transportaban los cadáveres se alejaban con ominosos chirridos de sus ejes mal engrasados. Kaan volvió a la tarea.

De cuando en cuando, avisaba al anciano cuando se acercaba algún cachicán y entonces Tummelai se alzaba pesadamente del suelo y empuñaba las herramientas, simulando trabajar la piedra.

Al fin, el sol declinó y la temperatura descendió bruscamente.

Resonó el gong y los presos formaron hileras para recoger en sus humildes cuencos de barro o piedra tallada el último rancho del día, consistente en una sopa grasienta.

Apoyado en un bloque de granito, Tummelai tomaba la sopa a pequeños sorbos. Muy cerca, Kaan parecía tan fresco como si hubiera holgazaneado todo el día.

—¡Es horrible! —murmuró el anciano, desalentado—. Cada día se repiten las mismas escenas de barbarie y encarnizamiento. Y nosotros hemos llegado a tal grado de insensibilidad que ni siquiera nos impresiona la muerte de doscientos de los nuestros.

Kaan terminó rápidamente su sopa y colgó el cuenco en su cinturón.

—Ese estúpido accidente se hubiera podido evitar fácilmente. Bastaría que Yormon enviara a una brigada de hombres y sanearan esas grietas de las alturas con explosivos. Pero imagino que para Yormon eso sería un derroche inconcebible —gruñó Tummelai.

Se oyó otro toque de gong y los forzados arrastraron los pies y fueron formando en grupos de doscientos, que los vigilantes contaban con simples vistazos.

Al cabo, una gruesa columna humana se puso en marcha hacia los barracones situados a unos dos kilómetros de distancia.

El cansancio paralizaba a aquel ingente rebaño humano, que se arrastraba perezosamente sobre la tierra, todavía ardiente. Como caminaban con excesiva lentitud, los cachicanes azotaban a los más rezagados, que solían ser los ancianos, los enfermos y tullidos.

Algunos de ellos caían a tierra bajo los sañudos latigazos. Algunas veces, sus compañeros los recogían del suelo y los arrastraban hacia los refugios de vigas de hierro y planchas de metal. Otras, los sicarios decidían dejarlos allí, porque ya de nada valían. Y en tales casos, sus cadáveres aparecían a la mañana siguiente, yertos y rígidos, en el mismo lugar donde cayeran.

También Tummelai flaqueaba aquella tarde. Pero el brazo de Kaan, fibroso y vigoroso, le mantenía en vilo y le impulsaba a seguir el

paso que marcaban los sayones.

Al fin, llegaron a los barracones. Eran extensas construcciones adosadas, de baja altura, pero de anchas fachadas y gran profundidad, en cada una de las cuales se cobijaban dos mil presos.

Las condiciones de hacinamiento y promiscuidad eran terribles. Dentro de las naves, había literas adosadas a los muros que llegaban hasta el techo. Otras hileras de camastros estaban situadas en el centro, dejando apenas espacio para que un hombre pudiera caminar.

Los más jóvenes dormían mezclados con los viejos, los tullidos y los enfermos. Algunos padecían enfermedades infecciosas, por lo que las epidemias suponían un verdadero azote.

Todavía recordaba Tummelai la espantosa epidemia de enfermedades gastrointestinales ocurrida el verano anterior. Veintiocho mil bajas era una cifra espeluznante, pero los trabajos de la cantera no se interrumpieron. A medida que se iban produciendo las muertes, el tirano iba enviando nuevos contingentes de esclavos que venían a suplir a los desaparecidos.

Cada noche ocurría to mismo: al llegar allí, Tummelai apenas podía soportar el hedor que provenía de las letrinas, situadas ante los barracones, al aire libre. Peor, si cabe, eran los primeros minutos dentro del barracón, hasta que la nariz se habituaba —o se resignaba— a respirar el ambiente corrompido y deletéreo que reinaba en aquel antro.

Las infrahumanas condiciones en que vivían los forzados de Koo-Warani provocaban otros incidentes, de los cuales ni Yormon ni sus esbirros querían darse por informados.

Cuando los cautivos eran encerrados en las naves, cerraban las puertas correderas con grandes cerrojos y los vigilantes se retiraban a otra nave, más cómoda y espaciosa, donde pernoctaban. A excepción de un grupo de ellos, armados, que vigilaban la parte exterior de los refugios en previsión de una fuga colectiva.

Muy a menudo, ya encerrados, los presos más jóvenes y fuertes, disputaban sus lechos a los más indefensos. A veces, surgían salvajes reyertas, que podían saldarse con varios muertos.

Los vigilantes jamás intervenían. A la mañana siguiente, hacían retirar los cadáveres y ni siquiera se molestaban en informarse de lo ocurrido la noche anterior.

Kaan y el anciano Tummelai ocupaban dos camastros contiguos. Hasta entonces nadie había osado disputárselos, pero Kaan parecía muy capaz de luchar hasta morir por defender a su compañero.

La oscuridad se hizo bruscamente en el interior del barracón cuando los esbirros cerraron las puertas correderas, pues la espaciosa y abarrotada nave sólo contaba con unos ventanucos enrejados de aireación.

Durante diez minutos, se oyó el rumor de voces de los presos. Luego todo quedó en silencio. La mayor parte de los forzados se sentían molidos y exhaustos y dormían ya pesadamente.

Pero Tummelai no dormía. Tampoco Kaan, según pudo comprobar el anciano poco después.

—¿Qué te ocurre, Kaan? ¿Te sientes inquieto? —siseo Tummelai.

—No. No tengo ganas de dormir.

El viejo contuvo una exclamación. Muchos habían trabajado la mitad que Kaan y se habían dejado caer derrengada en sus camastros. Kaan, en cambio, decía que no tenía gana de dormir... ¡Increíble!

—Kaan.

—¿Sí?

—Te debo la vida. Si tú no hubieras hecho mi trabajo esos verdugos me hubieran matado a golpes. Gracias de todo corazón —murmuró el viejo.

Hablaban en voz muy baja, para no molestar a los que dormían arriba. De todas formas los camastros, opuestos permitían que sus cabezas casi se tocasen, por lo que no en preciso alzar la voz para hacerse oír perfectamente.

—No tienes que agradecerme nada, anciano —respondió Kaan —. Yo sólo cumplo órdenes.

Tummelai se rebulló levemente en su lecho.

—¿Qué has dicho?

—Mi amo me ordenó que te protegiera. Y eso es lo que hago —dijo Kaan.

—¿Tu amo?

Kaan vaciló.

—El hombre al que obedezco es Wanthai el Rebelde —confesó.

—¡Wanthai! —susurró el viejo, admirado—. ¡Nunca oí hablar de él! ¿Es un adversario del déspota?

—Más que un adversario, un enemigo a muerte. Pero ¿estás seguro de que no recuerdas al doctor Wanthai? Su padre era un sabio, al que todos conocían por el sobrenombre de Príncipe de los Leprosos. El doctor Suyi Wanthai dirigía un lazareto en Yewali, donde curaba gratuitamente a los enfermos que acudían a él en demanda de ayuda. Suyi Wanthai murió cuando Kaimori ordenó prender fuego a la Ciudad de los Leprosos, con unos tres mil enfermos dentro. Fue terrible, según dijo Wanthai. De madrugada, brotaron llamaradas por todas partes, puesto que los sicarios del déspota habían regado las instalaciones con disolventes altamente inflamables. Miles de personas gritaban, tratando de hallar una vía de escape, pero nadie escapó vivo de allí. Ni siquiera el doctor Suyi Wanthai, llamado Príncipe de los Leprosos.

—Sí, lo recuerdo —respondió Tummelai—, Ocurrió hace unos diez años, poco antes de que Kaimori se alzase con el poder, después de eliminar a todos sus adversarios. Debió ser horrible. Miles de personas encerradas en el hospital, sin hallar un hueco a través del cual escapar de las llamas. Pero ¿por qué cometió Kaimori esa horrenda matanza, que en nada beneficiaba a sus planes tiránicos?

—Kaimori no tenía intención de matar a aquellos tres mil leprosos, sino que sólo pretendía asesinar al doctor Suyi Wanthai. Aquella noche, sus sicarios penetraron en el lazareto y buscaron al Príncipe de los Leprosos. Pero no supieron reconocerlo, pues el doctor Suyi Wanthai vestía igual que sus enfermos. Plantearon el problema a Kaimori, y éste, que deseaba librarse cuanto antes de Wanthai, ordenó el genocidio. Pensó que asesinándolos a todos, terminaría igualmente con el hombre al que pretendía matar, como así sucedió —relató Kaan.

Sucedió una pausa. Sólo se oían las respiraciones silbantes de los enfermos bronquíticos.

—¿Por qué tenía tanto empeño el tirano en eliminar al Príncipe de los Leprosos? —preguntó después el anciano.

—Porque el doctor Wanthai poseía gran predicamento en toda

la población de este planeta. Podía haber sido un líder indiscutible y el más peligroso adversario de Kaimori. Este no podía soportar que nadie se le opusiera y decidió asesinarle, objetivo que, fatalmente, se cumplió.

—Kaan, tú das por sobreentendido que yo debo conocer al hijo del Príncipe de los Leprosos, al que llamas Wanthai el Rebelde —planteó Tummelai—. ¿Por qué?

—Porque tú has conocido a Wanthai —declaró Kaan—, ¿No recuerdas al joven de largos cabellos rubios que curó a tu hija? Yaoori había sido arrollada por un rinoceronte de la sabana y estaba agonizando…

Tummelai se incorporó vivamente.

—¡Ahora recuerdo! ¿Quieres decir que el joven de los cabellos rubios que curó a Yaoori era Wanthai el Rebelde? —preguntó.

—Sí.

—Nosotros le llamábamos Kaipiri, que en nuestro dialecto significa «Cabellos de Oro». Kaipiri y Yaoori se enamoraron perdidamente y yo…

Calló bruscamente y un sollozo profundo brotó de su escuálido pecho.

—Yaoori murió poco después. Los esbirros de Kaimori la apresaron. Ella amaba profundamente a Kaipiri y sabía lo que le esperaba: aquellos brutales sicarios acabarían por violarla. Ingirió unas hierbas venenosas y se inmoló, antes que volver junto a Kaipiri mancillada —relató el anciano con voz temblorosa.

—Sí, lo sé. Wanthai me lo contó —asintió Kaan.

Al cabo de unos minutos de silencio, Tummelai inquirió:

—Entonces ¿estás seguro de que Wanthai el Rebelde y Kaipiri son la misma persona?

—Absolutamente —respondió Kaan.

—¡Entonces aún me quedan esperanzas! —exclamó el viejo.

—Wanthai está preparando un ejército —dijo Kaan—. Se trata de la más formidable tropa que pudiera imaginarse, pues los soldados que la componen no pueden morir.

—¿No pueden morir? —se asombró el anciano—. ¿Cómo se entiende eso?

—No puedo explicártelo ahora, pero algún día lo comprenderás. Wanthai dirigirá a sus huestes cuando todo esté dispuesto. Su primera acción consistirá en liberar a todos los prisioneros de Koo-Warani. Una vez libres, os dará a elegir entre incorporaros a su ejército o hacer to que cada cual desee.

—¡Si eso fuera cierto! —bramó Tummelai, excitado—. Soy viejo para pelear, pero no dudaría ni un momento en unirme a las tropas de Wanthai el Rebelde.

—Si tu edad no te permite pelear, tus conocimientos interesarán a mi amo —dijo Kaan.

—¿Por qué le llamas siempre *amo*? Eso no está de acuerdo con la personalidad del caudillo de los oprimidos. No entiendo como tú, Kaan, que eres inteligente, cauto y abnegado, te consideras un siervo, aunque sea de un hombre tan notable como Wanthai el Rebelde —comentó Tummelai.

—Él es mi amo indiscutible. Sin él, yo no sería nada, ni siquiera existiría —respondió Kaan, enigmático.

Yañadió:

—Ahora, intentemos dormir. Mañana tendremos que trabajar duramente, como cada día. Dentro de unas horas, Yormon hará sonar su gong.

# CAPÍTULO IV

Al amanecer, Tummelai y Kaan buscaron un lugar en las letrinas, cada uno por su lado. Para Tummelai era un momento odioso, a pesar de lo cual tenía que plegarse a las exigencias físicas de su propio cuerpo.

Apresuradamente escapó de allí y Kaan se le unió en seguida. Tomaron la sopa caliente y el mendrugo de pan seco que distribuían los esbirros y lo engulleron todo rápidamente y en silencio.

Aquella mañana Tummelai se sentía más animado. Y su animación interior se reflejaba en su estado físico, más entonado que el día anterior.

Los esbirros formaron las brigadas de doscientos presos forzados y luego se inició la marcha hacia la cantera.

La temperatura era aún bajísima y los cautivos tiritaban bajo sus raídos andrajos. Antes de que el sol saliera, habían comenzado los trabajos.

Diez brigadas de obreros fueron obligados a fabricar las piezas que habrían de servir para montar una nueva sierra de cable, pues la anterior había resultado destrozada por los colosales bloques de granito desplomados la tarde anterior

Los canteros y tallistas manejaban sonoramente sus buriles, cinceles y martillos y otros forzados arrastraban los bloques cincelados hacia una de las plataformas rodantes.

Hacia las diez de la mañana, cuando ya el sol comenzaba a calentar y nubes de mosquitos sedientos de sangre martirizaban a los prisioneros, se vio venir una abigarrada columna de forzados, flanqueada por vigilantes armados.

Se trataba de una conducción de mil nuevos trabajadores forzados, que habrían de suplir las bajas de las últimas semanas.

Poco después, apareció Yormon, que empujaba ante sí a un robusto joven de raza negra.

Aquel negro era casi tan alto como el jefe de los cachicanes y

tan musculoso como un luchador. Sus tobillos estaban unidos por una cadena de hierro, lo que le dificultaba mucho a marcha, a pesar de lo cual el brutal Yormon le golpeaba salvajemente para obligarle a caminar más de prisa.

De pronto, el negro se volvió como una serpiente, atenazó al cachicán por el cuello y le volteó limpiamente por encima de su cabeza.

Lamentablemente, su esfuerzo fue tan potente que él mismo perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Yormon se incorporó gruñendo y gritando blasfemias. Blandió el látigo y antes de que el joven negro lograse alzarse del suelo, comenzó a azotarle con terrible furia.

Al principio, el prisionero intentó agarrar el látigo, pero el cuero le hirió ardientemente en el rostro y se vio obligado a protegerse la cara con ambas manos.

Yormon siguió flagelándole hasta que su poderoso brazo no pudo alzarse más. Para entonces, el negro yacía en tierra materialmente empapado en su propia sangre y todo el cuerpocruzado de profundas heridas sangrantes.

—¡Ahí lo tienes, Tummelai! —jadeó Yormon, inyectados los ojos en sangre—. ¡Enséñale bien tu oficio! Ese cerdo llamado Zalaad te reemplazará cuando hayas muerto. ¡Y estoy Seguro de que no durarás mucho, redomado carcamal!

Tummelai enrojeció. Pero contuvo su lengua, que ya se disponía a lanzar improperios.

Yormon se alejó contoneándose y restallando su látigo, tinto en sangre.

En el polvo, Zalaad respiraba entrecortadamente.

—Ayúdale, Kaan, te lo suplico —pidió el anciano.

Kaan aguardó a que el jefe de los esbirros desapareciera y luego se inclinó sobre el negro.

Le dio la vuelta, pasó un brazo bajo su cuello y sacó su trapo del día anterior, con el cual se esforzó en enjugar la sangre que manchaba por completo aquel cuerpo lacerado

—No debiste provocar a esa bestia, pobre amigo mío —susurró

Tummelai, agachado junto a Zalaad.

El joven compuso una débil sonrisa.

—¡Estallé! —murmuró a través de sus hinchados labios— Jamás he permitido que nadie me tratara con desprecio, ese tipo me exasperó.

—Aquí tendrás que desprenderte de todo sentimiento arrogante. Ellos son poderosos. Nosotros apenas somos gusanos a los que los sicarios de Kaimori pueden aplastar cuando les venga en gana. Te aconsejo que seas prudente. Si te muestras arrogante, no vivirás para contarlo, Zalaad.

Se alejó y volvió con un pellejo de agua que puso en los labios del herido. Zalaad bebió largamente y murmuro, enfebrecido:

—¡Kaimori! —sus labios vibraban de odio—. ¡Cómo me gustaría tenerlo a mi alcance! Le estrangularía aunque fuera lo último que hiciera en esta vida. Y valdría la pena.

—Calma —le recomendó el anciano—. Quizá muy pronto consigas luchar contra el déspota. Entonces podrás desahogar todo tu furor.

La expresión de Zalaad se animó.

—¿Es cierto? —preguntó anhelante—. ¿Tenéis noticias de que se prepara alguna insurrección?

—No sería prudente decirte nada, amigo mío. Pero confío en que nuestra situación cambiará —respondió Tummelai.

Trajo un martillo y un cincel y dijo:

—Observa nuestro trabajo e intenta imitarlo. Si Yormon vuelve y te ve inactivo, lo pagarás caro.

Zalaad se alzó del suelo e hizo lo que le indicaban. A pesar de que había recibido una paliza terrible, aún le quedaban fuerzas para empuñar vigorosamente las herramientas. A mediodía tocó el gong. Kaan puso una escudilla en las manos del negro y le indicó:

—Ven con nosotros y haz lo que nosotros hagamos. Y por encima de todo, no respondas a ninguna provocación, si ésta llegara a producirse.

Formaron en la hilera del rancho. El esbirro que distribuía la

comida sirvió un cazo en los cuencos de Tummelai y Kaan, pero llegado el turno a Zalaad rompió la escudilla de éste de un seco golpe y gruñó:

—Te sobran músculos, negro. Te quedarás unos cuantos días sin comer. Eso rebajará tus humos.

Los músculos faciales de Zalaad se contrajeron y sus anchísimos hombros de titán se abultaron sorprendentemente, dispuestos a la acción. Pero el anciano susurró:

—Cuidado, Zalaad: nada de rebeldías. Sigue adelante.

Se apartaron de allí y volvieron a la cantera.

Kaan comía rápidamente. Cuando se cercioró de que ningún cachicán le observaba, ofreció su cuenco a Zalaad:

—¡Agáchate y come aprisa! Si quieres sobrevivir, tendrás que obedecer todas nuestras instrucciones —susurró a su oído.

Zalaad sonrió.

—Gracias, nunca lo olvidaré. ¡Vosotros á os comportáis como seres humanos! —exclamó, reconocido.

Tummelai le ofreció su comida, de la que apenas había probado unos bocados.

—Toma también la mía. Yo no tengo apetito.

—Pero...

—¡Calla y obedece! No te entretengas. Si esos rufianes comprueban que te hemos dado nuestra comida, lo pagaremos los tres con sangre —le apremió el anciano.

Durante dos semanas, el esbirro del rancho negó la comida a Zalaad. Con refinada maldad, los cachicanes esperaban doblegarle así.

Por otra parte, el joven prisionero negro había adelgazado varios kilos, no sólo porque la comida era escasa y poco nutritiva, sino porque trabajaba como un verdadero titán. Había asumido no sólo su trabajo, sino también la mitad del encomendado a Tummelai. Como Kaan realizaba la otra mitad, el anciano podía descansar cada vez que el vigilante de turno se alejaba.

Yormon se acercaba de vez en cuando y zahería groseramente a Zalaad, pero éste había aprendido la lección y lo soportaba todo

estoicamente, como si los insultos que gritaba el corpulento sayón no fueran con él.

Cuando se hubo habituado al trabajo rudo de la cantera, y sus verdugones cicatrizaron, Zalaad abordó la cuestión.

—No entiendo lo que sucede aquí. ¡Trescientos sicarios son suficientes para sojuzgar a más de cien mil hombres! —exclamó, colérico.

—Sé prudente, Zalaad. Ya te hemos hablado de los *hizzgus*. Tú mismo viste, hace unos días, como una de esas repugnantes carroñeras daba caza a un fugitivo. ¡Y las hay por centenares! A Yormon le basta sonar su silbato, con un cadencia que sólo él conoce, para hacerse obedecer por la bestias aladas —le aconsejó Tummelai.

—¿Y qué...? Una bandada de pajarracos no es suficiente para atemorizar a cien mil hombres.

—Ellos poseen armas...

—¡A pesar de ello! —rebatió tercamente el negro—. En cuanto me quiten los grilletes de mis tobillos, caeré por sorpresa sobre uno de ellos y le arrebataré el fusil. ¡Veremos cómo reaccionan los prisioneros...!

—No reaccionarían de ningún modo. Están resignados Zalaad. Y aterrorizados. Por lo demás, excepto tú y un puñado de hombres, los demás apenas tenemos fuerzas pan mantenernos en pie —replicó el anciano—. Ten paciencia Pronto...

Calló bruscamente. Yormon se acercaba.

Como de costumbre, el jefe de los vigilantes comenzó a zaherir a Zalaad, el cual crispó sus músculos, pero se contuvo.

Antes de alejarse, Yormon anunció:

—Mañana iréis a trabajar al nivel superior. Es estúpido transportar los bloques hasta aquí... sólo para que estéis más seguros.

Aquella medida era de una crueldad infinita... e inútil. Trabajar en el nivel superior significaba tanto como esta expuestos a morir sepultados por un esporádico derrumbamiento.

Sin embargo, las órdenes del jefe del campamento eran irrebatibles.

Al día siguiente, pues, los tres prisioneros hubieron de ascender a los peldaños superiores.

Durante toda la mañana, Zalaad y Kaan trabajaron con ahínco. A mediodía recogieron el rancho y se retiraron a comer. El día anterior un herrero había librado de sus grilletes a Zalaad, el cual podía moverse ahora con mayor libertad, aunque las marcas de las ajorcas de acero habían quedado profundamente marcadas en sus tobillos.

Arriba, las rocas crepitaban sonoramente. Unas piedrecillas resbalaron desde las alturas y cayeron a sus pies.

Tummelai alzó su mirada a las alturas y movió la cabeza, preocupado. Precisamente se había retirado unos metros para orinar, cuando se produjo la tremenda conmoción en el acantilado.

Pudo oír con toda claridad el estentóreo grito de aviso de Zalaad:

—¡¡Cuidado, Kaan!! ¡¡Arriba...!!

Colosales rocas se desprendieron de la grieta y rebotaron, restallantes, sobre la cornisa inferior. Un gran pedrusco de forma redonda rodaba vertiginosamente sobre el peldaño anterior.

Tummelai se arrojó al suelo de bruces y se cubrió la cabeza con las manos. Zalaad hizo otro tanto.

Al fin, los crugidos horrísonos cesaron y una nube de polvo oscuro flotó sobre el campamento.

Tummelai corrió con todas sus fuerzas hacia la cantería, que había quedado cubierta por peñascos informes. Zalaad le siguió.

Un momento después descubrían el cuerpo de Kaan, atrapado bajo el peso de una enorme roca. Aplastado, apenas se veía sobresalir su cabeza de aquella mole. Sus ojos estaban cerrados. Era evidente que había muerto instantáneamente.

—¡Kaan, mi pobre amigo! —sollozó el anciano. Y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

Movido por la compasión, se inclinó sobre el cadáver de su compañero y derramó abundantes lágrimas.

—¡Kaan, compañero mío! —gemía—. ¿Qué haré ahora, sin ti?

Bruscamente, un latigazo cayó sobre su espalda desnuda, arrancándole un alarido de dolor.

Detrás de él, Yormon le azotaba, inmisericorde.

—¡Fuera, apártate de él! —gritaba el jefe de los sayones.

A unos pasos de distancia se encontraba Zalaad, el cual, al contemplar al viejo bañado en sangre, sintió arder la suya de indignación.

Zalaad parecía decidido a lanzarse contra Yormon, cuando una penetrante mirada de Tummelai le detuvo.

—¡Fuera, fuera! —seguía gritando Yormon, como un energúmeno.

Ysiguió azotando al anciano hasta que éste se apartó, reptando, del cadáver del infeliz Kaan.

La calma volvió a renacer. Los vigilantes armados rodeaban el lugar y gritaban sus órdenes a los presos que habían acudido.

Zalaad tomó a Tummelai y le ayudó a retirarse de allí.

—¡Que continúe el trabajo! —ordenó Yormon.

YTummelai fue el primero en empuñar las herramientas.

Cuando comprobó que los forzados obedecían, aunque vigilando con temor el acantilado, Yormon se acercó al grupo formado por Tummelai y el negro.

—Hasta ahora has tenido suerte, Tummelai —se burló el jefe del campamento—. Kaan era más joven que tú y merecía vivir. Pero le ha tocado a él... Enseña bien el trabajo a tu discípulo. Dentro de poco, también tú desaparecerás.

—¿Qué haréis con el cadáver de Kaan? —preguntó el anciano con voz trémula.

—¡No te preocupes por él! —respondió Yormon. Y dejó escapar una risotada grosera—. Kaan ya no siente ni padece. Como castigo a tu osadía, viejo carcamal, dejaré que el cadáver de Kaan se pudra a vuestra vista. ¡Trabajad, trabajad!

Los martillos golpearon los cinceles y el trabajo prosiguió.

Cuando aquella tarde resonó el gong, Tummelai se agachó y,

vientre a tierra, se arrastró hasta el lugar en el que yacía Kaan, atrapado bajo la roca.

Su única intención era despedirse emocionadamente del viejo amigo, aunque Kaan no pudiera oírle ya.

Se acercó cautelosamente, pues, y sus manos acariciaron el rostro del amigo.

—¡Kaan, Kaan, tú habías hecho renacer mis esperanzas! —clamó, desesperado—. Pero ahora tú no estás ya y yo languideceré hasta morir.

Acariciaba su mano trémula los ásperos y espesos cabellos del cadáver. Luego, súbitamente, advirtió, horrorizado, que la cabellera de Kaan se desprendía del cráneo.

—¡No...! ¡No es posible! —murmuró con voz estrangulada.

Pero sus dedos tiraron del crespo cabello y lo desprendieron.

Absorto y espeluznado, Tummelai comprobó que la caja craneana de Kaan estaba vacía. Vacía de masa encefálica, porque, en el lugar que deberían ocupar los sesos, Tummelai descubrió un reducido equipo electrónico. Minúsculas placas de circuitos integrados, elementos desconocidos unidos por finísimos cables, pequeñas ampollas de vidrio y mercurio y unos raros conductos plateados.

Por nada del mundo hubiera tocado Tummelai aquella extrañísima máquina, pero cuando sus dedos palpaban los cabellos de Kaan, el conjunto electrónico cayó al suelo.

Atemorizado, se volvió y se llevó un susto de muerte al descubrir a Zalaad a unos pasos de distancia.

Era evidente que Zalaad lo había visto todo, a juzgar por sus ojos desorbitados y el temblor de sus gruesos labios.

—¿Qué haces ahí? —siseó el anciano—. ¡Te estás exponiendo estúpidamente!

—Yo también quería despedirme de Kaan —respondió el negro, en el mismo tono silente—. Pero ¿qué es eso?

Tummelai había tomado entre sus temblorosos aquel extraño conjunto semiesférico. Lo contempló estupefacto.

De repente, Zalaad avisó:

—¡Apártate de ahí, Tummelai, creo que viene alguien!

Con gran urgencia, el anciano encajó la falsa cabellera de Kaan en su alojamiento óseo, guardó el conjunto electrónico entre sus ropas y se arrastró a toda prisa entre los bloques de roca.

Por encima de los peñascos apareció la cabeza redonda y maligna de Yormon.

—¿Qué haces ahí, viejo?

—Estoy... estoy orinando —murmuró Tummelai, agachado en cuclillas.

Yormon soltó una carcajada e hizo restallar su látigo.

—¡Ruina inmunda! —se burló—. ¡Sal de ahí e incorpórate a la formación!

Zalaad estaba esperándole a cierta distancia de allí y se le unió en seguida. Juntos, se apiñaron en la formación del rancho y recogieron sus raciones de sopa.

Tummelai no quiso comer: el apetito le había abandonado. Pero el joven Zalaad dio buena cuenta de las dos raciones.

Al anochecer, los forzados se encaminaron a los barracones.

—Ocuparé el camastro de Kaan —propuso Zalaad al viejo—. De esa forma, estaré más cerca de ti, por si me necesitas.

—Te lo agradezco —respondió el anciano, todavía bajo el efecto de una fortísima impresión.

Era ya de madrugada, cuando Tummelai seguía rebulléndose en su camastro.

—Tummelai —siseó el negro—. ¿Qué clase de criatura era Kaan?

El viejo tardó en responder.

—No lo sé —respondió. Y un fuerte estremecimiento recorrió todo su ser.

—Eso que escondiste entre tus ropas, ¿qué es?

—Nunca vi nada parecido. Tómalo. No podrás verlo, pero sí

palparlo con tus dedos —dijo Tummelai. Y le entregó el objeto semiesférico.

Al cabo de unos minutos, volvió a oír la voz de Zalaad.

—Esto tiene la forma de un cerebro humano, pero... ¡es de vidrio, metal y plástico!

—Sí. Y no logro entenderlo. Es lo que Kaan llevaba en lugar de la masa encefálica normal. Sin embargo, él era de carne y hueso, como tú y como yo, Zalaad —clamó el anciano, atemorizado y confuso.

—Quizá fuera un robot. Vi uno de ellos en Hagora. Su piel tenía el tacto propio de la piel humana, pero era una máquina.

—¡Kaan no era enteramente una máquina! —replicó Tummelai, impaciente—. El respiraba, comía, bebía, sudaba, orinaba y defecaba como cualquier ser humano. Aunque ¡era tan inexpresivo! Una vez se hirió: de su herida brotó sangre, sangre roja.

Sucedió una pausa. Tummelai respiraba muy rápido.

—Entonces... Es posible que se tratara de un hombre al que se le había reemplazado el cerebro por uno artificial —aventuró Zalaad.

Estas palabras impresionaron vivamente al anciano.

—¡Sí, eso debe ser! —susurró, excitado—. Mitad hombre, mitad máquina... Kaan me confió que él era un simple siervo de Wanthai el Rebelde.

—¿Quién es Wanthai?

—El más peligroso enemigo de Kaimori y el hombre del que yo lo esperaba todo. Ahora Kaan ha desaparecido y tal vez no volvamos a tener noticias de Wanthai. Por otra parte, me desasosiega este descubrimiento. ¡Mi amigo Kaan no era una simple criatura humana, sino...!

—No levantes la voz. Despertarás a los demás —murmuró el negro.

—¡Mi cabeza está ardiendo, Zalaad! —respondió Tummelai—. No acierto a comprender nada de esto. ¿Cómo pudo llevar a cabo el joven doctor Wanthai tan escalofriantes experimentos? ¡Un hombre con cerebro artificial!

—Calla, procura descansar. Mañana hablaremos de esto —le

aconsejó Zalaad.

Alargó la mano y le devolvió el conjunto de raros elementos electrónicos, que Tummelai ocultó entre sus miserables ropas.

Intentó dormir, pero la inquietud le impidió conciliar el sueño y permaneció en vela hasta que, muy de mañana, se dejó oír el vibrante sonido del gong.

# CAPÍTULO V

A lo largo de los días siguientes, no volvieron a producirse nuevos desprendimientos de rocas.

Ahora, Zalaad apenas se permitía un descanso para recuperar la respiración, puesto que tenía que llevar a cabo su tarea y la de Tummelai, aunque éste ayudaba cuanto daban: de sí sus fuerzas.

Durante cinco días, el cadáver de Kaan se había ido corrompiendo al sol, desprendiendo por las inmediaciones un hedor nauseabundo.

—¿Ves? —susurraba Tummelai al oído de su joven compañero —. ¡No era un robot! A excepción de ese cerebro artificial, todo en él correspondía a un ser humano.

—Sí. Y es extraordinario. Si lo que suponemos es cierto, Wanthai es un verdadero especialista en la concepción de monstruos.

—¡No quiero ni pensarlo! —rezongó el anciano—. En mi pensamiento, concebía la imagen de Wanthai como la de un liberador justiciero, noble y abnegado. ¡Nunca imaginé que Wanthai se dedicara a tan escalofriantes experimentos! Cada vez que pienso que el compañero que compartió conmigo varios años de cautiverio y penalidades, sólo era un autómata, se me hiela la sangre en las venas.

Una mañana advirtieron que el cadáver, ya seco, de Kaan había desaparecido. En el polvo apenas quedaba una mancha grasienta.

Ese mismo día, se produjo un nuevo desprendimiento de rocas. Pero el accidente tuvo lugar a más de un kilómetro dedistancia del campamento, por lo que no tuvo consecuencias fatales para los forzados de Koo-Warani.

Sin embargo, el acontecimiento atrajo la atención de la mayor parte de los cachicanes, los cuales, en previsión de un levantamiento por parte de los prisioneros, corrieron, prestos sus fusiles, hacia el lugar donde se había producido la avalancha.

Poco después, Tummelai oyó un silbido y se volvió bruscamente. Un joven de rubios cabellos que ondeaban al viento,

acababa de saltar ágilmente por encima de las rocas.

Era un joven alto, apuesto, de constitución atlética y ojos dorados, que exclamó:

—¡Acércate, Tummelai!

El anciano vaciló.

No quería atraerse las iras de los sicarios y, por otra parte, aquel individuo no pertenecía al campamento.

Zalaad también había visto al desconocido y permanecía a la expectativa.

—¡Tummelai, acércate! ¿No me reconoces? —repitió el joven de los largos cabellos.

El anciano tembló.

—¡Kaipiri! ¿Eres tú? —balbuceó. Y tras echar una ojeada cautelosa a su alrededor, avanzó hacia el joven.

Lo contempló de pies a cabeza, absorto.

—Así, pues, ¿tú eres Wanthai el Rebelde?

Wanthai sonrió.

—Yo soy, aunque me temo que para ti, jefe Tummelai, siempre seguiré siendo Kaipiri —respondió el recién llegado.

Tummelai se aproximó a él, indeciso.

—Kaan, mi compañero... El me habló de ti. Pero Kaan era...

—Kaan murió hace cinco años, víctima de la represión de Kaimori. Yo robé su cadáver antes de que lo incineraran y devolví la vida a su cuerpo —declaró Wanthai.

Tummelai jadeó.

—Pero eso... ¿no es algo semejante a una profanación, a un sacrilegio? —preguntó, trémulo.

Zalaad se había acercado a unos diez pasos de distancia y escrutaba a Wanthai con desconfianza.

—Anciano —dijo—. ¿Ese hombre de cabellos dorados es tu amigo?

—Sí —respondió Tummelai, todavía desconcertado—. Es Wanthai, de quien ya te hablé.

Los ojos negros de Zalaad brillaron de admiración.

—¡Wanthai! —exclamó, fascinado—. ¿Cuándo llegará la hora de nuestra liberación? Si me aceptas, yo seré uno de la tuyos. ¡Lucharé contra el déspota hasta morir! —clamó, ferviente.

Wanthai sonrió cálidamente.

—Necesito hombres tan fuertes y arrojados como tú, Zalaad... Pero ahora, te agradecería mucho que vigilaras y nos advirtieras si se acerca alguno de esos sicarios. No me gustaría que me sorprendieran aquí, y no temo por mi seguridad, sino por la vuestra.

—¡Iré a vigilar! —respondió el negro—. ¡Puedes confía en mí!

Yse alejó, saltando ágilmente de roca en roca.

Cuando Tummelai y Wanthai estuvieron solos, el joven de la larga cabellera rubia, que permanecía semidesnudo, tomó nuevamente la palabra.

—Has hablado de profanación, de sacrilegio, jefe Tummelai —pronunció—. Pues bien, yo no lo considero así. Kaan y otros muchos habían muerto ya, habían cumplido su ciclo vital. Yo desesperadamente necesitaba ayuda para luchar contra el tirano. Sólo soy un hombre, un médico, al igual que mi padre, y no puedo resucitar a una criatura humana y devolverle su alma, pero sí puedo insuflar nueva vida a su cuerpos. Kaan sólo era un cuerpo que se movía a impulso de mi alma, que es la que verdaderamente le confería sensibilidad humana.

Tummelai trataba de asimilar aquellos conceptos, aunque no le resultaba muy fácil.

—Y le enviaste aquí para que me protegiera... —susurro excitado.

—Sí. Y también para obtener información. Lo que tú hallaste bajo el cráneo de Kaan es un *amind* o mente artificial. A través de ese aparato, yo transmitía al cuerpo de Kaan mis instrucciones. Al mismo tiempo, el *amind* iba registrando toda la información que sus sentidos percibían. Ahora, ese aparato está en tu poder. ¿Me equivoco?

Con manos temblorosas, el anciano buscó entre sus ropas y entregó a Wanthai el objeto semiesférico extraído del cráneo de Kaan.

—¡Ahora empiezo a comprender! —exclamó, pasmado de asombro—. Ahora entiendo por qué Kaan jamás se cansaba. Ytambién por qué apenas exteriorizaba sus sentimientos. ¡Tú eras quien dominaba y controlaba su cuerpo, su vida entera!

—No era *su vida*, que Kaan ya había vivido anteriormente. Su cuerpo ha servido de instrumento a la causa de la justicia, jefe Tummelai —explicó Wanthai—. Él no era compasivo, ni abnegado, ni generoso, porque no podía serlo. Eran mis sentimientos lo que su cuerpo expresaba, ¿comprendes?

—Poco a poco, porque mi mente no está preparada para asimilar nociones tan complicadas. Pero sí, ahora entiendo muchas cosas que antes eran arcanos para mí.

Calló. Luego alzó la mirada hacia Wanthai y exclamó:

—¿Cuándo llegará la liberación, Kaipiri? Mi viejo cuerpo no podrá resistir muchos meses más...

—Ten confianza. Pronto sonará la hora. Esparce con cautela la noticia Que todos sepan que Wanthai el Rebelde liberará próximamente a los infelices forzados de Koo-Warani. Y no temas, Tummelai. Yo estaré cerca de ti —declaró Wanthai—. Ahora regresa a tu lugar de trabajo.

Tummelai se volvió un momento para mirar a Zalaad, que vigilaba desde lo alto de una roca.

Luego se volvió y preguntó a Wanthai:

—¿Fuiste tú quien provocó ese derrumbamiento?

—Así es. Necesitaba distraer la atención de los esbirros, sin poneros en peligro. Mi ardid ha surtido efecto, según veo... Pero no te detengas, jefe Tummelai. Vuelve y empuña tus herramientas. Debes estar en tu puesto cuando vuelvan los vigilantes.

Wanthai alzó la mano en señal de saludo. Tummelai caminó con desgana hacia la cantería.

Cuando se volvió, unos segundos después, Wanthai el Rebelde había desaparecido misteriosamente.

Zalaad vino a reunirse con el anciano. El joven traía una luz nueva en sus ojos.

—¿Qué ha dicho Wanthai? ¿Cuándo se producirá el ataque? —

preguntó, ávido.

—Muy pronto —replicó el anciano, hinchando de aire su escuálido pecho—. Y ahora pon atención a mis palabras: Wanthai quiere que propaguemos la noticia de que un levantamiento irrefrenable se aproxima. Pero sé cauteloso, Zalaad, cuando hables a nuestros compañeros. Dales la noticia y pídeles que la divulguen, pero aconséjales prudencia. Yo haré otro tanto.

—¡Descuida, Tummelai! Seré cauto como una serpiente —respondió el joven.

Tomaron las herramientas, pues los cachicanes volvían ya, renegando.

Yormon llegó, furioso, poco después. Y descargó su rabia en los prisioneros que halló a su paso.

A cierta distancia, Tummelai advirtió que en el pecho del jefe del campamento no brillaba la cadena de plata ni el silbato de oro.

Según supo a la hora del rancho, Yormon se había arriestado a través de la montaña de rocas provocada por el desprendimiento, resbaló y cayó violentamente, perdiendo el sentido. Cuando sus sicarios le hallaron, Yormon estaba inconsciente.

Cuando volvió en sí, descubrió que su cadena de plata se había roto y el silbato había desaparecido. Loco de furia, había intentado buscarlo entre las rocas, pero no pudo hallarlo, lo que aún acrecentó su furia

Después del rancho, Yormon ordenó que cincuenta brigadas de doscientos hombres desescombraran la escollera.

—El que encuentre mi silbato, se hará acreedor a una cuantiosa recompensa: cien días de holganza, una concubina y toda la comida que pueda consumir durante ese tiempo —ofreció Yormon.

Era mucho más de lo que cualquier prisionero de Koo-Warani podría soñar. Comer, descansar, gozar de una mujer de aquellas que permanecían encerradas en los barracones de los cachicanes... ¡Increíble!

Pero ya las secretas instrucciones de Wanthai iban corriendo de boca en boca y una esperanza nueva renacía en los corazones de los forzados.

Tummelai había añadido una consigna nueva a la notica

noticia:

—Si encontráis el silbato, no lo devolváis a Yormon. Sabéis que él lo utiliza como señal para mandar a los *hizzgus* contra nosotros. ¡No cedáis a la tentación cuando os espera la libertad! Aquel de vosotros que encontrara el silbato, debe esconderlo y hacerlo llegar a Tummelai.

Sin embargo, la mayor parte de los vigilantes se habían apostado al pie del desprendimiento de rocas y no perdían ni uno solo de los movimientos de los forzados que retiraban penosamente los escombros.

Yormon en persona estaba allí, vigilando con desconfianza cualquier actitud sospechosa. A veces hacia subir, hasta el promontorio donde se encontraba, a uno de los presos que le había inspirado recelo, el cual era obligado inmediatamente a desnudarse en la presencia de los demás.

Sería media tarde y los obreros forzados habían retirado ya más de la mitad de la montaña de escombros. El silbato de Yormon seguía sin aparecer.

—Si alguno de vosotros, perros inmundos, trata de engañarme se acordará de mí. ¡Le haré colgar de lo alto del acantilado y los *hizzgus* le destrozarán a picotazos! —gritaba, impotente.

Sus amenazas no eran sino baladronadas. Todos sabían que Yormon necesitaba aquel singular silbato para hacerse obedecer por las temibles aves carroñeras. Y el silbato seguía sin aparecer.

De pronto, en algún lugar distante se dejó oír un silbido que interpretaba una cadencia bien conocida de los forzados de Koo-Warani.

Yormon se irguió en toda su estatura.

—¿Qué ha sido eso?

Los trabajadores habían cesado en su tarea. Todos dirigían sus miradas hacia las crestas de la próxima cordillera.

Instintivamente Yormon se había llevado una mano al cuello. Pero el silbato no estaba ahora en su lugar, pendiendo de la maciza cadena de plata.

Por encima del acantilado se oyó un fragor de alas batientes.

Yluego, repentinamente, el cielo se oscureció con las anchas sombras de los *hizzgus*.

Yormon exhaló un grito penetrante y echó a correr, pendiente abajo.

Ylos cachicanes armados de fusiles retrocedieron con el espanto reflejado en sus brutales facciones.

Los presos se arrojaron al suelo, atemorizados.

En la tarde cálida se oyó nuevamente el penetrante sonido del silbato.

# CAPÍTULO VI

Tummelai también se había dejado caer al suelo al escuchar el agorero sonido del silbato.

Muy cerca de él, resonabalaprofunda respiraciónde Zalaad.

Por encima de ellos resonaba el fragoroso batir de alas de los cóndores.

Zalaad era joven y arrojado.Lacuriosidad pudo másen su espíritu que el miedo: se alzóun poco, flexionandolos musculosos brazos, y giró el cuello.

—¡Tummelai, mira eso! —gritó, pasmado de asombro.

El anciano obedeció.

Allá arriba, centenares de *hizzgus* planeaban sobre el campamento. Y en cada una de aquellas aves carroñeras, un hombre vestido con malla dorada cabalgaba sobre el cuello erizado de un *hizzgu*.

—¡Jinetes que cabalgan sobre bestias aladas! —exclamó Tummelai, atónito.

En cuclillas, Zalaad avizoraba por encima de un bloque a medio tallar. Y siguiendo su ejemplo, el anciano hizo otro tanto.

Vieron como una bandada de *hizzgus* se cernía sobre la zona más alejada del campamento —precisamente donde se había producido el derrumbamiento—. Las enormes aves planeaban a baja altura, dando una pasada rasante sobre la escollera.

—Pero ¿qué hacen? —exclamó Tummelai—. Mi vista no es muy buena ya, Zalaad, pero me ha parecido que uno de los *hizzgus* agarraba a un hombre con sus garras.

—¡No es un *hombre*! —gritó el negro, muy excitado—. ¡Es uno de esos esbirros!

Era cierto. Uno de los vigilantes colgaba de las garras del cóndor gigante. El cachicán pataleaba, frenético, y agitaba su fusil en una mano, cuando las garras de la carroñera le soltaron... a más de

ochenta metros de altura.

Los *hizzgus* seguían abatiéndose raudamente sobre la vertiente del acantilado. Descendían vertiginosamente, pasaban sobre la pedriza y se elevaban. Y casi todos los cóndores llevaban un hombre entre sus garras, al que precipitaban al vacío una vez alcanzada la altura precisa.

Tummelai aferró el brazo de Zalaad.

—¡Es cosa de Wanthai! ¡El robó el silbato de Yormon, mientras ese asesino permanecía inconsciente! —exclamó alborozado.

—Las argucias de Yormon se han vuelto contra él —respondió Zalaad, fascinado por el vuelo majestuoso de los *hizzgus* que, en número difícil de calcular, describían constantes círculos sobre el campamento.

De pronto, restallaron unos disparos. De una de las gigantescas aves se desprendió un remolino de grandes plumas, que flotaron en el aire mientras el *hizzgu* se precipitaba pesadamente a tierra.

—¡Yormon se ha parapetado entre las rocas y dispara su fusil contra las carroñeras! —advirtió Zalaad, que poseía una vista muy aguda.

—¡Ese canalla! —gruñó el anciano—. Mala cosa: Yormon posee una puntería endiablada.

No había terminado de hablar, cuando otro *hizzgu* se estrelló a plomo contra las rocas, a escasa distancia de donde permanecían los dos prisioneros.

Tembloroso y excitado, Yormon seguía disparando locamente. Muchos de sus disparos se perdieron, inofensivos. Pero cinco de ellos abatieron a otras tantas carroñeras.

Yluego cesaron los disparos.

—¡Se le han terminado las balas! —gritó Zalaad, eufórico—. ¿Cómo se las arreglará ahora?

—¡No puedo ver nada! —rezongó Tummelai—. Por favor, amigo, ve diciéndome lo que ocurre.

Zalaad se humedeció los labios con la lengua.

—Yormon trata de escapar... ¡está subiendo a través de una

gran grieta de la roca madre! Algunos *hizzgus* planean lentamente sobre el acantilado… ¡están despeñando a los esbirros en el barranco! —fue describiendo Zalaad.

—¿Y Wanthai, puedes ver a Wanthai? —preguntó el anciano, ávido.

—¡Espera! ¡Sí, ya lo tengo! Cabalga sobre el cuello de la más descomunal de esas aves. ¡Y la dirige hacia la grieta en la que se ha ocultado Yormon! —chilló el joven, muy excitado.

—Si Wanthai logra apresar a Yormon, su empresa habrá triunfado. Yormon es el más peligroso de todos esos verdugos de Kaimori —respondió el anciano.

—El cóndor ha remontado el vuelo y evoluciona de nuevo sobre los escarpados… ¡Sus garras han desprendido unas rocas y Yormon abandona su escondrijo! —relató Zalaad, sin disimular su emoción—. Algunos sicarios han abandonado sus armas y corren, despavoridos, hacia los barracones. ¡Sin duda, pretenden hacerse fuertes en el almacén de provisiones!

—¡Mal rayo los parta! —gruñó Tummelai, impaciente—. En el almacén disponen de armas, municiones y explosivos. Si logran llegar allí, Wanthai puede fracasar.

—Pero… ¡no! ¡Espera! Varios *hizzgus* se abaten sobre ellos en vuelo rasante y… ¡han agarrado con sus garras a ocho de ellos! Los *hizzgus* levantan el vuelo, se elevan, van hacia el barranco…

—¿Y Yormon? ¿Dónde está?

—Ha escalado el acantilado a través de la hendidura y está arriba. ¡Ahora asoma por encima de los escarpados! ¡Tummelai, el *hizzgu* de Wanthai se abate vertiginosamente sobre Yormon! ¡Le ha aferrado con sus uñas y planea hacia el barranco! ¡Aguarda…! ¡Sí, acaba de dejarle caer al vacío! —chilló Zalaad, frenético.

Tummelai se irguió vivamente y unió ambas manos, que dirigió a lo alto como si agradeciese al cielo un favor especial.

—¡Al fin! ¡Wanthai nos ha librado de ese miserable! —gritó, enardecido.

Según Zalaad, los presos se habían amotinado entretanto y acorralaban a los esbirros que aún quedaban con vida.

—¡Vayamos hacia allá también, Tummelai! —propuso el negro,

impaciente—. ¡Participemos de esta ocasión tan memorable!

Sin adoptar ninguna precaución, ambos corrieron entre las rocas, agitando los brazos y lanzando al aire jubilosos gritos.

A poco menos de un kilómetro, miles de manos linchaban a los últimos cachicanes. Los cuerpos, sin vida, eran alzados a las alturas, caían y otras manos los aferraban, airadas y rabiosas.

Cuando Zalaad y el anciano Tummelai llegaron a la pedriza, ningún esbirro quedaba con vida.

Miles de presos gritaban hasta enronquecer y el griterío se alzaba hasta las montañas y su eco era repetido estruendosamente por los altos farallones de basalto y granito.

En el suelo, destrozados por miles de puños y aplastados por los pies de los prisioneros, quedaban los cadáveres de más de cien esbirros. Los restantes, hasta el número de trescientos, habían sido arrebatados por las garras de los *hizzgus* y precipitados al barranco desde gran altura.

«Un espectáculo horrendo —pensó Tummelai, estremecido de pavor, mientras sus ojos contemplaban los cuerpos que la multitud había linchado—. Pero esos canallas se hicieron merecedores de suerte tan horrible.»

Una muchedumbre de forzados se arremolinó alrededor de Tummelai.

—¡Gloria a Tummelai el Sabio! —gritaron varias voces.

Ynumerosas manos se tendieron hacia él y le alzaron en hombros.

El anciano agitaba sus brazos, tratando de hacerse oír por la turbamulta.

—¡No es a mí a quien debéis vuestra liberación, sino al esforzado y valiente Wanthai, a quien todos llaman El Rebelde! —se desgañitaba—. ¡Y ahora, os lo ruego, dejadme en el suelo!

Pero los cautivos gritaban, enardecidos, y le pasearon por el campamento en medio de vítores y aclamaciones.

Al fin, le dejaron en el suelo y Tummelai suspiró, más tranquilo.

Del firmamento descendieron, raudas, las grandes siluetas de los *hizzgus*, cada una de las cuales montaba un guerrero envuelto en brillante cota dorada.

Al son estridente del silbato que hacía sonar Wanthai, las carroñeras gigantes planearon majestuosamente y se posaron en la llanura una tras otra.

Luego los prisioneros vieron avanzar una tropa formada por más de trescientos soldados, al frente de los cuales marchaba, victorioso, Wanthai.

—¡Ese es vuestro caudillo! —hizo oír su voz el jefe Tummelai —. Aclamadle por jefe y él os conduciré a la victoria, ¡Gloria a ti, Wanthai el Rebelde!

Cien mil voces corearon su arenga y el clamor se alzó por encima de las altas crestas de las montañas, rodó por los valles, se extendió por el desierto y llegó hasta el mismo palacio del tirano Kaimori, el cual, en compañía de sus cortesanos, celebraba aquella misma noche una fastuosa fiesta para conmemorar la culminación de la altiva torre de seiscientos metros de altura desde la que dominaría el mundo.

# CAPÍTULO VII

Desde lo alto de la torre, se divisaba una vista espléndida y dilatada.

En el entorno más próximo, quedaban las escalonadas casas de Kriimon-Rah, casi terminadas y vacías. Constituían bellos edificios palaciegos, rodeados por macizas murallas y Unidas entre sí por puentes colgantes de atrevido diseño y caminos aéreos que parecían desafiar las leyes de la gravedad.

Kriimon-Rah descendía en aguda e inexpugnable pendiente hasta los jardines y anchos espacios libres —dedicados a deportes, juegos y celebraciones especiales— que rodeaban la ciudad.

Una nueva muralla de piedra lisa y labrada, de unos setenta metros de altura, protegía estos campos y estadios. La muralla daba directamente sobre un foso de cien metros de anchura, que rodeaba toda la ciudad. El foso era profundo, de paredes lisas y resbaladizas y en sus aguas pululaban escualos y saurios traídos del Súper-Zoo de Waringoore.

La torre de palacio se erguía sobre una plataforma circular de más de veinte hectáreas de extensión, la cual servía de aeropuerto, astródromo y patio de ceremonias. Bajo la amplísima plataforma y ocultos por trampas accionables a voluntad, se encontraban los hangares, depósitos de explosivos y de víveres. En aquellos silos secretos se albergaban rapidísimas aeronaves, una poderosa astronave y potentísimas armas de guerra, que componían el arsenal que el déspota vigilaba personalmente.

Por fin desde lo más alto de la nave se podía avizorar, en un espacioso mirador, hasta cien kilómetros a la redonda. Esto era aún más fácil puesto que las tierras que rodeaban a la metrópoli eran grandes extensiones llanas y desérticas.

Desde el mirador, la vista abarcaba hasta las lejanas montañas que rodeaban el campamento de Koo-Warani, de donde se habían extraído los millones de bloques de granito y basalto que formaban la impresionante ciudad cónica de Kriimon-Rah.

A muchos, incluidos los hipócritas cortesanos de que se rodeaba Kaimori, les disgustaba aquel nombre. Kriimon-Rah era el

nombre del espíritu infernal de las profundidades, dios de la mitología satánica marciana, y al que —aseguraban— rendía culto en secreto el tirano.

Aquel día Kaimori se sentía particularmente alegre. Había distribuido miles de piezas de oro entre los servidores, había ordenado que las doncellas vistiesen con sus mejores galas a las hetairas de su harén y se disponía a brindar por el Imperio de Un Millón de Años, como se gozaba en llamar a su reinado de horror y de sangrientos holocaustos.

Acompañado de su arquitecto, el elegante Yumaine, Kaimori había asistido a una ceremonia emocionante aquella misma mañana: la colocación del obelisco prismático de granito bruñido que culminaba su esbelta torre cuadrangular.

Yumaine se había atrevido a hacerle una pregunta peregrina.

—¿Quiénes vendrán a habitar las viviendas palaciegas de esta ciudad?

A lo que Kaimori había respondido, arrogante:

—¿Quienes tendrían derecho a hacerlo, sino mis propios descendientes?

—Pero, emperador, repara en que aún no tienes descendencia —observó el arquitecto.

Kaimori lanzó una estentórea carcajada que hizo vibrar su triple papada.

—¡La tendré, Yumaine, la tendré! Mis hijos nacerán, crecerán y se multiplicarán como las estrellas del firmamento. Sólo las personas de sangre real habitarán esta gran ciudad…

Y, acariciándose ladinamente su puntiaguda barbita, susurró, burlón:

—¿Por qué crees, querido arquitecto, que he ido seleccionando hasta quinientas de las más bellas jóvenes doncellas de Kaimoria?

Yumaine se mostró adulador… porque temía al tirano. Pero en el fondo dudaba mucho que Kaimori, grueso, rechoncho, vicioso y maduro, llegase a tener hijos alguna vez. Si no los había tenido antes, cuando aún era joven y vigoroso, ¿cómo iba a tenerlos ahora, cuando la grasa deformaba su figura y losprimeros achaques comenzaban a hacer su aparición?

Naturalmente, Yumaine no se atrevió a exponer sus pensamientos en voz alta: conocía sobradamente la crueldad del déspota.

Íntimamente, Kaimori odiaba a su arquitecto. Le odiaba porque Yumaine, sólo unos años más joven que él, había conseguido conservar su esbeltez y su elegancia. Si aún le mantenía junto a él, se debía simplemente a su sentido práctico. Pero una vez las obras de Kriimon-Rah hubieran dado fin, Kaimori se divertiría mucho ordenando que Yumaine fuera arrojado a los tiburones.

Dos escualos y gigantescos saurios que pululaban en el foso estaban bien cebados ya, pues Kaimori había decidido arrojarles como pastos los cuerpos de los obreros que habían intervenido en la construcción de las dependencias secretas de su palacio.

Pero al atardecer, la música sonaba en el palacio imperial de Kriimon-Rah y los lujosos salones destellaban de luz y animación.

Larguísimas mesas aderezadas con los más finos manteles se ofrecían, atestadas de manjares, a los invitados, entre los que se contaban una docena de oficiales de la guardia personal de Kaimori.

Si el déspota mimaba a alguien, era precisamente a los oficiales de su guardia, a los cuales halagaba y distinguía continuamente. Y era fama entre las dos mil personas que vivían en palacio que los guardias de corps eran fieles a su emperador hasta dejarse descuartizar antes que abandonarle. No asistían muchas mujeres a la fiesta y la mayoría de las damas presentes eran maduras y poco agraciadas: eran las esposas de los antiguos funcionarios vendidos a Kaimori, que los mantenía sumisos con promesas y amenazas.

Pero el déspota hizo acto de presencia al fin, luciendo una amplia túnica recargada hasta la exageración de hilo de oro y pequeñas piedras preciosas rutilantes, todo lo cual le daba una curiosa semejanza con un pavo real bien cebado.

Había sonado el gong en el salón del trono, enteramente recubierto por planchas de oro puro y los cortesanos se inclinaron servilmente en acto de pleitesía.

La aparición de Kaimori había sido precedida de algunos signos efectistas y exagerados, como tufaradas de humos aromáticos y de diversos colores, el retumbar de un melodioso gong de varios tonos y finalmente la ascensión del dictador a través de una trampilla practicada a través del plinto del trono.

Kaimori aceptó las demostraciones de acatamiento de sus nobles y ocupó por breves minutos el sillón del trono. Pero en seguida descendió de él contoneándose y, abriéndose paso entre los presentes, exclamó con grandes aspavientos:

—Pero ¿qué clase de fiesta es ésta? Más bien podría imaginarse que se trata de un funeral, a juzgar por vuestros rostros, que sólo reflejan tedio e indiferencia... ¡Animaos, mis damas; alegrad vuestros espíritus, caballeros, que vuestro emperador os guarda una inimaginable sorpresa!

Un rumor quedo corrió entre los palaciegos, los cuales, probablemente, se preguntaban unos a otros sobre la sorpresa a que Kaimori acababa de referirse.

—Ya os vais sintiendo intrigados, ¿no es cierto? —exclamó, risueño—. Y tenéis razón, pues ninguno de vosotros podría imaginar lo que va a ocurrir aquí. ¡¡Chambelán!! —llamó con gritos destemplados.

Un grotesco individuo, que debía pesar doscientos kilos, hizo su aparición en el salón del trono. Su figura era redonda como la de un tonel, y un manto dorado con ribetes y filigranas negros le cubría hasta los pies. Por contraste, su cara era caballuna y pálida y sus ojos tan saltones que inspiraban risa.

—Sí, emperador —se inclinóridículamente aquel individuo ante Kaimori.

—Quiero que demuestres tus dotes de mago, chambelán. Te pido que adivines por qué mis cortesanos se muestran tan mustios en fecha tan memorable —ordenó el déspota.

El rechoncho individuo cruzó sus cortos brazos sobre el abultado abdomen y entornó los párpados en la actitud de quien medita profundamente. Luego, de improviso, señaló con su dedo extendido a uno de los cortesanos.

—El intendente Toranaiwa se aburre porque estaba citado con su concubina y ahora tiene que soportar la tediosa charla de su obesa esposa Hillemani —pronunció el chambelán con voz engolada.

Un coro de carcajadas estruendosas acogió sus palabras. El intendente Toranaiwa había palidecido intensamente. Por el contrario, Hillemani, una descomunal mujer que le superaba en estatura y en perímetro abdominal, había enrojecido como una cereza y dirigía a su esposo una mirada asesina.

Cuando las risas cedieron, Kaimori habló:

—Ahora, chambelán, me gustaría saber por qué mi asesor personal, el general Kulli, parece tan compungido.

El obeso bufón fingió concentrar su mente y repentinamente señaló con su dedo al general Kulli.

—El problema de vuestro asesor, emperador, es bien diferente. El general no ama a las mujeres, como es notorio. Él preferiría gozar de la intimidad de un rubio efebo a quien todos conocemos también...

Kulli carraspeó con violencia, giró sobre los talones de sus botas y se alejó, encolerizado.

De esta forma, Kaimori se divirtió durante largo rato, poniendo en evidencia las pasiones y defectos más íntimos de sus palaciegos. Cuando el juego comenzó a aburrirle, propuso a todos que se trasladasen al salón del festín.

Los ánimos se relajaron y todos tomaron asiento a la mesa y devoraron inmensas cantidades de manjares, bebidas y licores.

El ambiente se fue caldeando poco a poco. Una orquesta invisible interpretaba melodías exóticas e incitantes.

Todos estaban distraídos, cuando Kaimori hizo una disimulada señal. De repente, un muro se dividió en dos y aparecieron unas bellísimas bailarinas. Eran treinta jóvenes estilizadas, perfectas, plenas de vida y de hermosura. Algunas eran morenas, otras rubias y algunas pelirrojas, con cabelleras brillantes como el fuego. Sus únicos atavíos eran tres cadenas de oro: una en el cuello, otro en la cintura y la tercera en el pubis.

Al compás de la excitante música, las bailarinas evolucionaron ante los comensales. Luego la música subió de ritmo y las jóvenes agitaron frenéticamente sus caderas, arrancando exclamaciones jubilosas de las gargantas de los varones.

Yno sólo de los varones. Cerca de Kaimori, una mujer delgada, angulosa y de facciones viriloides, seguía los movimientos de las danzarinas entreabiertos de ansiedad los labios y brillantes los ojos de deseo.

—¡Sois unos hipócritas! —bramó Kaimori, elevando su voz por encima de la música—. Todos deseáis a esas bellas odaliscas, os las coméis con los ojos, desearíais con toda ansiedad acariciar sus cuerpos tersos y turgentes..., pero os domináis. ¿Por qué no dais rienda suelta

a vuestros instintos, farsantes? ¡Despojaos de toda simulación y tomadlas! ¡Yo os las ofrezco!

El primero en alzarse fue Toranaiwa. Excitado, pero decidido, ignoró la mirada ardiente que le dirigía su mastodóntica esposa y avanzó hacia una rubia escultural, la cual se dejó abrazar y arrastrar hasta uno de los divanes adosados a los muros.

Luego, los cortesanos fueron escogiendo ávidamente a sus parejas. Kaimori vigilaba de reojo a la mujer de las facciones angulosas, que parecía sometida a un tormento interior irresistible.

—¡Vamos, Bengari! —la animó el dictador—. Yo sé muy bien que a ti no te gustan los hombres. ¿Por qué no te decides?

Bengari exhaló un gemido de angustia. Luego, abandonando todo pudor, fue a abrazar a una estilizada bailarina de piel de ébano.

Sentados a la mesa, sólo habían quedado cinco varones, además del déspota. Kulli, Warrati, Doomah, Daibao y Hambrakon bebían como cosacos, nerviosos y excitados.

Kaimori sonreía, divertido. La música había cesado, el muro se había corrido. Pero a una señal de Kaimori, la incitante melodía sincopada volvió a resonar y los dos sectores del muro se abrieron y aparecieron veinte esbeltos bailarines, jovencísimos.

—¡Ha llegado vuestra hora, amigos míos! ¿Por qué habríais de tomar como un estigma lo que sólo es una variante del amor? ¡Corred hacia vuestros efebos y ser felices con ellos! —gritó Kaimori, sudoroso.

Sus cortesanos abandonaron toda prudencia, se separaron de la mesa y al son de la música fueron a reunirse con los jóvenes.

También varias mujeres ajadas y de poca agraciada figura que quedaban en la mesa, abandonaron cualquier sentimiento pudoroso y prudente y se abrazaron a otros tantos jóvenes. Entre ellas estaba Hillemani, la obesa y deforme esposa del intendente Toreanaiwa, la cual comenzó a acariciar lascivamente a su pareja y huyó con él a través de los salones adyacentes.

Kaimori quedó solo en la mesa. Pellizcaba un racimo de uvas rojas y bebía de vez en cuando de su copa de oro, aderezada con gruesos y destellantes rubíes.

A su alrededor, se había desatado la orgía. Sus cortesanos, tan comedidos y pusilánimes de ordinario, daban suelta a sus instintos sexuales y se revolcaban por doquier con sus parejas.

Durante largo rato, Kaimori contempló, excitado, las diferentes y groseras incidencias de la bacanal.

Bebía constantemente, sin importarle que el vino resbalase por sus comisuras y manchase su rico traje.

Poco a poco, fue quedándose amodorrado sobre la mesa. La música era ahora lánguida y cadenciosa, susurrante y cálida.

De repente, se oyó un grito espantoso.

Quien gritaba como un energúmeno era Kaimori, que acababa de despertar. Su mirada vidriosa fue detallando la escena que tenía lugar en el gran comedor y en los salones próximos.

Al grito del dictador, apareció un oficial y varios guardias de corps. Sin embargo, los cortesanos ni siquiera habían escuchado los alaridos de Kaimori.

—Matadlos a todos —susurró el déspota.

El oficial palideció.

—Emperador, son vuestros cortesanos, a los que habéis invitado —murmuró, confuso.

La triple papada de Kaimori se agitó temblorosamente.

—¡Degolladlos! —bramó—. Se han permitido dar rienda suelta a sus instintos, me han ofendido con su lascivia, su liviandad y su grosería. Merecen, por tanto, la muerte. ¡Ejecutadlos! Respetad solamente a mi arquitecto, Yumaine. ¡Id!

El oficial dio una orden a los guardias.

—Cerrad las puertas. Que nadie pueda escapar.

Desenvainó su afilada espada y aguardó a que Kaimori se deslizase, silencioso, hacia el salón del trono.

La ancha puerta se cerró y Kaimori ascendió hasta su pedestal. Aún no se había sentado, cuando escuchó un alarido horripilante.

Kaimori ocultó el rostro con ambas manos.

Nuevos chillidos de espanto y gemidos agónicos se filtraron a través de la puerta. Cualquiera hubiera enloquecido escuchando los gritos, ayes y espeluznantes lamentos que provenían de los salones circundantes. Pero Kaimori permaneció allí, inmóvil, hasta que todo

terminó.

Al cabo, la gran puerta del trono se descorrió lentamente y apareció el oficial de la guardia. Su flamante uniforme de gala estaba manchado de sangre, al igual que su espada, que aún chorreaba unas gotas del rojo líquido.

—Vuestras órdenes han sido cumplidas, emperador —murmuró el oficial con voz ronca y áspera.

Kaimori separó las manos de su rostro y alzó la mirada.

—Perfectamente. Retirad los cadáveres e incineradlos. Luego cuídate de que mis salones queden limpios y ordenados. Puedes retirarte —ordenó secamente.

Cuando volvió a quedar solo, Kaimori se restregó las manos lentamente.

—Les había advertido que les guardaba una sorpresa inimaginable. Confío en haber cumplido mi palabra —murmuró.

# CAPÍTULO VIII

Wanthai dirigió una mirada a la abigarrada muchedumbre que acababa de aclamarle.

—Podéis marchar adonde queráis —pronunció con voz tonante —. A partir de hoy, sois hombres libres.

Un rumor recorrió los apretados grupos de prisioneros que rodeaban a Wanthai el Rebelde.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste.

Zalaad se abrió paso hacia él.

—Wanthai, estos hombres anhelan ser libres, pero aún más desean luchar contra el tirano —dijo el joven titán de raza negra—. Todos ellos, de común acuerdo, quieren formar parte de tu ejército.

Wanthai reflexionó un instante. Al fin, alzó ambas manos y gritó:

—¡Os acepto, puesto que venís a mí voluntariamente! Sin embargo, impongo una condición.

Una oleada de comentarios corrió entre la muchedumbre que llenaba gran parte de la cantera.

Luego los prisioneros contestaron a coro:

—¡Habla, Gran Wanthai!

El joven de los cabellos dorados esperó a que se hiciese el silencio. Y respondió:

—Exijo obediencia y disciplina. Un ejército tan numeroso fracasaría si no observáis estas dos virtudes. Declaro nuevamente que aceptaré vuestra decisión. Si comprendéis que no seréis capaces de someteros a las exigencias de un ejército disciplinado, es mejor que renunciéis a formar en mis filas. Pensadlo.

Pero en seguida miles de voces se alzaron prometiendo obediencia y fidelidad al joven caudillo.

—Os acepto. A partir de ahora, dejáis de ser prisioneros para

convertiros en soldados. Debo advertiros algo: apenas contamos con armas, a excepción de los fusiles que arrebatamos a los esbirros. Somos numerosos en número, pero pobres en recursos. Muchos de nosotros moriremos y jamás llegaremos a gozar de la paz y la libertad que ansiamos.

—¡No importa! —gritó Zalaad con voz estentórea—. Kaimori nos había condenado a muerte al enviarnos aquí. Preferimos morir peleando contra el enemigo.

—Bien, ahora hemos de decidir la estrategia a seguir. La cautela y. la astucia serán nuestras mejores armas contra Kaimori. Según he observado, de cuando en cuando el tirano envía una escuadra de sus naves a este campamento con un doble fin: abastecer de provisiones y municiones a los sayones y vigilar por si se produce una insurrección. Por si esas naves se acercasen por aquí, antes de que marchemos contra Kriimon-Rah, debemos comportarnos como si nada hubiera alterado la marcha del campamento. Hasta el anochecer, todos permaneceréis en vuestros puestos de trabajo. No os pido que trabajéis, sino que simuléis hacerlo —explicó Wanthai.

—Es una precaución prudente —asintió Tummelai, que se mantenía junto al líder.

—Al anochecer, todos regresaréis a los barracones. Un grupo de vosotros marchará al almacén y preparará abundante comida, pues todos necesitáis reponer fuerzas. Otros vestiréis los distintivos de los cachicanes y llevaréis sus armas, en la actitud vigilante de los esbirros. Finalmente, cuando hayan transcurrido unos días y considere que ha llegado el momento decisivo, marcharemos sobre Kriimon-Rah.

De entre la multitud se alzaron voces de protesta.

—¡No queremos esperar! ¡Queremos linchar a Kaimori en seguida!

Wanthai alzó autoritariamente una mano y los gritos cesaron.

—¿Habéis olvidado que acabáis de prometerme obediencia? —exclamó, con dureza—. Por otra parte, si iniciáremos la marcha ahora mismo, ¿cuántos de vosotros llegaríais vivos a Kriimon-Rah? Tenéis que ser sensatos: estáis exhaustos por miles de jornadas de durísimo trabajo, enflaquecidos por una escasa y pobre alimentación. La mayoría de vosotros es derrumbaríais a los pocos pasos.

—¡¡Wanthai ha hablado con cordura!! —gritó Zalaad—. Yo también me siento ansioso por caer sobre Kaimori, que asesinó a todos

los individuos de mi familia y secuestró a la mujer que iba a ser mi esposa. Sin embargo, debemos esperar. Wanthai ha hablado. Acatémosle.

—Separaos ahora e id a vuestros tajos. Iré dándoos mis órdenes a medida que haya decidido los pasos a seguir —clamó Wanthai.

Yla multitud comenzó a desperdigarse. Mientras Zalaad elegía a los más corpulentos para interpretar el papel de cachicanes, Wanthai se retinó con Tummelai.

—Es preciso gobernar a estos hombres con severidad y acierto, Tummelai. Cien mil individuos no son fáciles de manejar. La disciplina se impone por su propio bien y por el éxito de nuestra difícil empresa. Así, pues, he decidido encomendarte que nombres a sus líderes naturales, a los que tú conoces bien, pues eres el más veterano de los prisioneros de este campamento. Formar brigadas de doscientos hombres, entre los más fuertes y capaces. Los enfermos y tullidos serán alojados en el mejor de los barracones. Yo mismo me ocuparé de ellos. Por cierto, tengo entendido que hay algunas mujeres en el campamento —comentó Wanthai.

—Sí, son unas quince concubinas, al servicio de los esbirros, que siempre las han mantenido encerradas en su barracón. Imagino que habrá que vigilarlas y protegerlas. Mis compañeros no han visto a una mujer desde hace años y la sola presencia de esas hembras podría provocar una verdadera catástrofe —replico el anciano.

—Eso mismo iba a proponerte: es necesario nombrar una guardia para las mujeres. Tú te encargarás de nombrar a los hombres que te inspiren confianza.

—Muy bien. Déjalo de mi cuenta. Me ocuparé de todo eso —respondió Tummelai que parecía revivir por momentos.

A la hora acostumbrada, un falso vigilante hizo sonar el gong y los prisioneros formaron disciplinadamente después de recoger el rancho.

Naturalmente, aquella noche no se cerraron con los pesados cerrojos las grandes puertas metálicas de los refugios. Los presos, a los que se les había distribuido abundantes raciones de comida, organizaron un banquete en sus barracones.

Entretanto, Zalaad, Tummelai y Wanthai revisaron el depósito de víveres, que hallaron abarrotado hasta el techo.

—Tenemos que alimentar a cien mil hombres durante una o dos semanas —dijo Wanthai—. Creo que dispondremos de suficiente comida.

Hallaron también cien fusiles de gran calibre, municiones abundantes y cuarenta cajas de explosivos de gran potencia.

—Vayamos ahora a registrar el barracón de los sayones —propuso Wanthai.

Comprobaron que existía una gran diferencia entre el hacinamiento y la suciedad de las instalaciones de los presos y la gran nave destinada a los vigilantes. Esta estaba dividida en apartamentos para cuatro hombres dotados de servicios higiénicos y otras comodidades, tales como instalación eléctrica, diversiones y un local destinado a contener gran cantidad de vinos y otras bebidas alcohólicas.

—¡Canallas…! —exclamó Tummelai con voz tremante—. Ellos se permitían una vida regalada, mientras nosotros moríamos de hambre.

Todos los apartamentos estaban cuidadosamente ordenados y escrupulosamente limpios.

Al final de la nave, hallaron otro apartamento más amplio, cuya puerta estaba cerrada y asegurada con un grueso cerrojo. Dentro estaban las mujeres, en número de cincuenta.

Eran todas mujeres jóvenes, pero de rostros marchitos y prematuramente avejentados. Ellas dieron muestras de temor al ver penetrar a los tres hombres, pero cuando comprobaron que no eran los cachicanes de Kaimori, se acercaron tímidamente.

—Los esbirros acaban de ser exterminados —anunció Zalaad—. Ya nada tenéis que temer, mujeres. Os presento a Wanthai, nuestro jefe. Este es el anciano y venerable Tummelai, su consejero. Yo soy Zalaad.

Varias mujeres se echaron humildemente a los pies de Wanthai.

—¡Señor, protégenos! —exclamaron—. Durante largos meses, hemos tenido que soportar el acoso salvaje de los cachicanes. Pero si ahora nos entregas a los forzados que acabas de liberar, nuestra suerte será aún mil veces peor…

—No temáis —respondió Wanthai, conmovido a pesar suyo—.

Nadie os tocará. Seréis respetadas y protegidas. Pero es mejor que sigáis escondidas aquí hasta que yo os envíe ayuda.

De una de las literas situadas al fondo de la estancia llegó un lamento quejumbroso.

—¿Quién gime? —preguntó Wanthai, atento.

—Es Wondele, una de nuestras compañeras. Wondele era la más hermosa de todas nosotras cuando llegó aquí, hace poco de tres meses. Pero los esbirros la han destrozado. Está tan enferma, que probablemente no verá la luz del nuevo día —le explicó una de las mujeres.

Wanthai pidió que le llevaran a presencia de Wondele. Cuando se inclinó sobre la litera en que yacía aquella mujer, el joven líder se sintió espeluznado. Sin duda, aquella mujer había sido muy hermosa, pero ahora sus facciones marfileñas estaban demacradas y su cuerpo tan esquelético que movía a compasión.

Wanthai se inclinó y tocó su frente. Ardía. Una fiebre altísima la consumía. Comprendió que una virulenta infección la había llevado a tal situación, irreversible, sin duda Wondele no tardaría en morir.

Dio unas indicaciones a las mujeres, dirigidas a mitigar los dolores que Wondele sufría interiormente.

Luego, mirando fijamente aquellos dulces ojos hundidos,dijo:

—Me gustaría hacer algo más por ti, Wondele. Pídeme lo que desees.

Una mano esquelética se aferró desesperadamente a la de Wanthai.

—¡Señor, mi hija...! —murmuró con voz débil.

—¿Tu hija?

—¡Sí! Se llama Xaori y apenas es una adolescente. La dejé abandonada en la aldea de Kiyapani cuando me trajeron aquí...

—¡Xaori! —musitó Wanthai, abstraído. Pero volvió a mirar a Wondele, solícito, y preguntó—: ¿Dices que abandonaste a tu hija en Kiyapani? ¿Qué quieres que haga con Xaori?

—¡Que vayas a buscarla y la acojas a tu protección! —gimió Wondele con desesperación.

Intentó decir algo más, pero la emoción la ahogaba y Wanthai se separó lentamente de ella.

Una de las mujeres se acercó tímidamente y contó a Wanthai la triste historia de Wondele:

—Su joven esposo, Tumma, murió asesinado en una de las levas que ordenaba Kaimori para recabar obreros para este mismo campamento. Pero los esbirros volvieron poco después a la aldea. Esta vez buscaban mujeres jóvenes y hermosas, para el servicio de los servidores del déspota. Wondele se sintió aterrada. Xaori era ya una jovencita muy bella y temió que aquellos salvajes la mancillaran. Apresuradamente la hizo descender a un pozo y le pidió que, oyera lo que oyera, no se moviera de allí. Los sayones llegaron poco después y se llevaron a Wondele, junto con otras mujeres. Pero Xaori quedó allí. Y ahora Wondele, moribunda, teme que los sicarios de Kaimori vuelvan a Kiyapani y encuentren a su hija.

Wanthai experimentó una intensa turbación al oír aquella historia. Movido por la compasión, volvió junto a Wondele, la cual respiraba con gran dificultad. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos e inmóviles. Parecía evidente que estaba agonizando.

—¿Puedes oírme, Wondele? —susurró el joven.

Hubo un leve parpadeó.

—¡Escúchame! Te juro que iré a buscar a tu hija y la pondré bajo mi protección —pronunció, experimentando una viva emoción.

La mano de la moribunda oprimió la suya débilmente, en una silenciosa muestra de agradecimiento.

Los hombres abandonaron la nave poco después.

Wondele murió esa misma noche.

# CAPÍTULO IX

Al llegar a Kiyapani, Wanthai recibió una impresión de desolación y catástrofe. La mayoría del centenar de chozas de barro y paja que componían la aldea habían sido incendiadas.

El suelo de tierra apisonada se veía cubierto de fragmentos de cerámica y otros enseres domésticos.

El silencio era absoluto y una leve brisa levantaba las cenizas a ras de tierra.

Wanthai experimentó una desagradable sensación de vado y tristeza. En tales circunstancias, era descabellado imaginar que la hija de Wondele hubiera sobrevivido.

Sin embargo, Wanthai no se desesperó. Avanzó despacio a través de las ruinas y fue revisando, una por una, las chozas que aún quedaban en pie.

—¡Xaori…! —llamaba quedamente.

Había recorrido la mayor parte de las cabañas y entró en una parcialmente derruida. Súbitamente alguien saltó sobre él y le derribó. Un cuchillo se clavó profundamente en tierra a escasos centímetros de su cuello.

Reaccionando con rapidez celérea, Wanthai aferró una muñeca y de un empellón derribó a su atacante.

Se oyó un gemido de dolor y sorpresa, mientras Wanthai saltaba, ávido, sobre su enemigo, dispuesto a matar para defenderse. Su mano derecha había aferrado el cuchillo y lo alzaba ya, cuando el asombro y la sorpresa le paralizaron.

Su enemigo... era la joven más hermosa que viera en toda su vida. Una preciosa muchacha morena, de largos cabellos negros, tez bronceada, grandes ojos oscuros y cuerpo ágil, delgado y armonioso. El terror brillaba en los ojos de aquella jovencita.

—¡Xaori! —exclamó Wanthai, demudado.

El cuchillo cayó de entre sus dedos. La joven parpadeó.

—¿Quién... quién eres tú? —murmuraron los labios femeninos.

Wanthai se separó de ella, turbado. Y de pronto rompió a reír locamente.

—¡Xaori, Xaori! —exclamó, alegre—. ¡Estás viva!

La tomó por ambas manos y la alzó delicadamente del suelo. La contempló, abstraído, durante largo rato.

—Ven conmigo, Xaori —dijo, luego—. Ya no tienes que temer.

* * *

La sensación de normalidad era absoluta en el campamento de Koo-Warani. Cien mil obreros, distribuidos entre el colosal tajo del acantilado, los escalones inferiores y las canterías, simulaban una actividad febril, vigilados por trescientos «cachicanes» armados de látigos y fusiles.

A cierta distancia de allí, Wanthai dijo a Tummelai y a Zalaad, al cual había nombrado lugarteniente incondicional:

—No podemos resistir más de unos cuantos días. Los alimentos comienzan a escasear. Por otra parte, ya sabéis que el malestar y la agitación empiezan a irritar a los ex prisioneros, sobre todo a partir del momento en que hube de negarme a sus pretensiones de entregarles a las mujeres...

—¿Por qué aguardamos? ¡Carguemos ya contra Kriimon-Rah! —exclamó fogosamente Zalaad.

—Aún es pronto. Diez días es poco tiempo. Los hombres aún no han recuperado sus fuerzas —respondió Wanthai—. Por otra parte, temo que pueda estallar un movimiento contrarrevolucionario en cualquier momento. A pesar de que los jefes de brigada que tú nombraste, Tummelai, siguen siéndome fieles.

Se alisó sus largos cabellos, agobiado.

—Por otra parte, comprendo la justicia de sus reivindicaciones. Estos hombres llevan largos años bajo la opresión, la represión y las privaciones... Pero no puedo acceder a sus peticiones respecto a las mujeres: no sería justo que esas infelices fueran tratadas por nosotros con la misma rudeza que los esbirros de Kaimori.

—Tienes razón —asintió Zalaad—. Por eso urge romper las hostilidades cuanto antes. En cuanto marchemos sobre Kriimon-Rah, nuestros soldados olvidarán, siquiera momentáneamente, sus más frenéticas necesidades físicas.

—Aún es pronto —repitió Wanthai—. ¡Si pudiéramos aguardar una semana más...! Pero las provisiones se terminan... Cien mil hombres consumen más de trescientas toneladas de alimentos diariamente, si son bien alimentados. Os lo confieso: he estado a punto de prescindir de ellos en mis planes bélicos. Si no me he decidido finalmente, es porque comprendo que ellos también tienen derecho a alzarse contra el dictador que les condenó a una muerte segura, sin haber cometido el más leve delito.

Estaban hablando todavía, cuando se oyó un rumor lejano. Zalaad se volvió bruscamente, oteó el horizonte y exclamó:

—¡Allí! ¡Aeronaves procedentes de Kriimon-Rah!

Efectivamente, en la lejanía se veían tres puntitos oscuros que pronto se convirtieron en tres siluetas bien definidas. Eran supernaves del ejército aéreo del dictador.

Los trabajadores también debieron percibir algo extraño por encima del estrépito provocado por el golpeteo de las herramientas, porque todos quedaron inmóviles y expectantes. Pero Zalaad exhaló un grito penetrante y los obreros prosiguieron sus fingidas actividades.

Cien «capataces» y cinco mil cargadores se previnieron en el acto.

Un momento después, las grandes aeronaves sobrevolaban el campamento, daban una pasada a baja altura y volvían hacia el desierto, donde aterrizaron minutos después.

Como Wanthai sospechaba, se trataba de un transporte de víveres. A una señal de Wanthai, que vestía unos harapos semejantes a les de los obreros, los cachicanes y los cargadores caminaron hacia las inmóviles aeronaves.

Los pilotos y tripulantes descendieron, confiados, y en breves segundos fueron reducidos por los falsos vigilantes, maniatados y encerrados en una dependencia del almacén principal.

En seguida, los cinco mil obreros procedieron a la descarga de víveres y municiones.

Cuando terminaron su labor, un grupo de ex prisioneros se

acercaron, violentos, a Wanthai.

—No pretendemos alzamos contra ti, Wanthai, pero no entendemos por qué no nos has permitido linchar a esos lacayos de Kaimori. ¿Para qué encerrarlos? Sería estúpido tener que alimentarlos —demandó el portavoz.

Wanthai les miró severamente.

—No tomaré en cuenta vuestra actitud, puesto que tenéis derecho a conocer mis motivos. Pensad con calma ¿Qué imagináis que ocurrirá cuando transcurran varias horas y estas naves no regresen a Kriimon-Rah? —planteó el líder.

Kanthal, el hombre que había hablado, humilló la mirada.

—El tirano enviará otras naves a explorar el campamento —dijo.

—Justamente. Y ninguno de vosotros sería capaz de pilotaresas naves. Pero sí sus pilotos y tripulantes. Cuando nuevas aeronaves procedentes de la metrópoli aparezcan en el firmamento, yo dirigiré un ataque aéreo contra ellas. Y de esta forma debilitaremos el ejército de Kaimori —explicó Wanthai.

—Tienes razón, jefe. Tú eres más inteligente que ninguno de nosotros. Te pido disculpas —se excusó Kanthal.

La alarma se produjo al atardecer. Los tres observadores que Wanthai había enviado a la cima del acantilado enviaron una señal convenida desde las alturas. Para entonces, Wanthai se encontraba a bordo de una de las aeronaves con Zalaad, Tummelai, y un grupo escogido de guerreros de cota dorada.

Las tres naves se alzaron del suelo y remontaron el vuelo. Del sur, llegaba un escuadrón compuesto por siete aeronaves de combate. Pero los tres aviones capturados por Wanthai se habían elevado a gran altura y cayeron sobre ellos como halcones, derribándolos tras un breve combate.

Poco después, los forzados se retiraban a sus barracones, en los cuales les fue servido un abundante ágape. Entretanto, Wanthai deliberaba con Tummelai y Zalaad.

—Creo que ha llegado la hora —declaró el líder.

A Zalaad se le encendieron los ojos.

—¡Al fin! Llegué a temer que nunca saldríamos de aquí —exclamó.

—No podemos aguardar más. Kaimori ha perdido diez de sus grandes aeronaves. Al amanecer, enviará a Koo-Warani al grueso de su aviación de combate, para averiguar lo sucedido. Si aguardamos, probablemente destruirían el campamento y masacrarían a los trabajadores... en cuanto descubrieran los restos de sus cazas abatidos en las inmediaciones de la cantera. Tenemos, pues, que pasar a la acción.

—¿Cuándo? —indagó Zalaad, impaciente.

—Esta misma noche —contestó Wanthai—. Hay que ganar tiempo.

—¿Has decidido ya tu estrategia, Wanthai? —planteó el anciano Tummelai—. Nos separan doscientos kilómetros de desierto de Kriimon-Rah. Eso supone un obstáculo casi insalvable. Cien mil hombres serán fácilmente detectados desde el aire. Incluso reventándolos en jornadas de cincuenta kilómetros, llegar a Kriimon-Rah nos llevaría cuatro jornadas. Entretanto, Kaimori nos masacraría a mansalva.

—Tengo un plan, que he meditado largamente. En primer lugar, el ejército de ex esclavos avanzará durante la noche. Antes de cada amanecer, los hombres distribuidos en grupos de cinco mil, se ocultarán en las cuevas de Al-Rajhani, en los barrancos de Wokandri y en los túneles de la antigua mina de Hawankai, ya a unos cuarenta kilómetros de Kriimon-Rah. Llevarán mochilas con todos los víveres y agua que cada cual pueda cargar. Las naves de observación de Kaimori no podrán descubrirlos.

—Eres astuto, Wanthai —observó Tummelai—. Tu plan es inteligente. Sin embargo, tropezaremos con otros obstáculos insalvables. ¿Has pensado que la metrópoli está defendida por un ancho y profundo foso, infestado de feroces escualos?

—He pensado en todo, anciano —respondió Wanthai—. Vosotros aguardaréis en la mina de Hawankai hasta que yo os envíe mi aviso.

—¿Cómo? —exclamó el impaciente Zalaad—. ¿No marcharás tú, Wanthai el Rebelde, al frente de tu ejército?

—No es posible, puesto que yo debo abriros las puertas de la ciudad —respondió el líder.

—No lo entiendo —comentó Tummelai, decepcionado—. Siempre tuve la ilusión de que tú nos acaudillarías…

—Escuchad: no se trata de cargar ciegamente contra las sólidas murallas de Kriimon-Rah. Mi estrategia es complicada, porque los obstáculos son numerosos. Como vosotros sabéis, la metrópoli no sólo está defendida por un foso, sino también por altísimas murallas escalonadas. Existen unos puentes que, descolgados, facilitarán la invasión. Pero eso sólo podemos conseguirlo *desde dentro*.

—Así que… piensas precedemos en el camino a Kriimon-Rah —sugirió Zalaad.

—Sí, las distintas fases de la batalla se sucederán así: Esta misma noche, el ejército formado por los exprisioneros se pondrá en marcha para cubrir la primera etapa. Para cuando llegue a las cuevas de Al-Rajhani al mando tuyo, Zalaad, yo y mis hombres despegaremos por sorpresa. Esto os dará tiempo suficiente para llegar a las cuevas y ocultaros. En cuanto a nuestro ataque aéreo, será breve. Una vez descargadas las bombas, nos alejaremos y desapareceremos. En tres jornadas más, vosotros habréis llegado a las proximidades de la metrópoli. Aguardaréis ocultos en las galerías de la mina de Hawankai y atacaréis la ciudad de madrugada, cuyos puentes y accesos estarán ya expeditos para entonces.

—¿Cómo lo conseguirás? ¿Piensas llegar a Kriimon-Rah abordo de esas aeronaves? —preguntó Zalaad, brillante la mirada.

—No. Sería un error, puesto que Kaimori estaría ya prevenido. Utilizaré otro recurso —respondió Wanthai—. Mis trescientos guerreros y yo llegaremos a la metrópoli a primeras horas de la noche, por el aire.

—¿Los *hizzgus*? —preguntó Tummelai, atónito.

—Tú lo has dicho. Los *hizzgus* son silenciosos y obedecen las órdenes que les doy a través de este silbido —respondió Wanthai, acariciando el objeto dorado que colgaba de su cuello.

Tummelai se agitó, inquieto.

Hacía días que una pregunta pugnaba por brotar de sus labios. Una pregunta inquietante.

—Wanthai, quisiera saber algo.

—Di.

—Esos guerreros de cota dorada, a los que has mantenido apartados de nosotros, ¿son como Kaan? —inquirió, nervioso.

En los dorados ojos de Wanthai el Rebelde brilló un fulgor misterioso.

—Sí —respondió únicamente.

Luego se alzó despacio de su asiento y les miró a ambos.

—Prevenid a los hombres para la marcha. Aún es de día. Al anochecer, el ejército deberá emprender la marcha hacia el sur —ordenó.

Tummelai y Zalaad se retiraron. Poco después, Wanthai penetró en uno de los apartamentos del barracón reservado a los cachicanes.

Una silueta borrosa se alzó de uno de los lechos.

—Wanthai, ¿por qué me has obligado a vestir estos harapos, más propios de un varón que de una joven? —preguntó Xaori.

Wanthai, sonrió en la penumbra.

—Para protegerte, pequeña mía —respondió afablemente—. No es preciso que te explique más: tú no lo entenderías.

Se sentó en una de las literas, frente a Xaori y tomó sus manos.

—He venido a verte para decirte otra cosa.

—Sí, Wanthai —respondió la muchacha, sumisa.

—Ha llegado la hora de derribar a Kaimori, el déspota. Debo afrontar graves peligros y he decidido trasladarte a lugar seguro, donde nadie te hará el menor daño.

Un leve temblor recorrió la epidermis de Xaori.

—¿Lejos de ti, Wanthai? —exclamó, estremecida—. ¡Oh, no, no, por favor! No quiero separarme de ti.

—Pero ¡es preciso, Xaori! No puedo exponerte a morir, ahora que estás a salvo. Debes ser sensata.

—Sólo quiero lo mejor para ti, Wanthai —respondió ella—. ¡Te lo suplico, no me separes de ti!

El joven tragó saliva, turbado.

—¿Por qué tiemblas, Xaori? —dijo él—. Sólo deseo tu bien.

—Tiemblo porque me angustia la idea de separarme de ti. Tiemblo porque... ¡porque te amo, Wanthai! —murmuró Xaori, estremecida.

Wanthai jadeó.

Luego se inclinó sobre la muchacha, acercó sus labios a la boca de Xaori y la besó tiernamente.

—Estás completamente loca, Xaori. Pero sea como tú quieres —murmuró con voz ronca y estrangulada.

# CAPÍTULO X

Kaimori se irguió, sobresaltado, sobre su rico lecho de finísima seda.

—¡No, no quiero morir! —chilló, llevándose ambas manos a la garganta.

Su ancho rostro estaba empapado en sudor, como todo su cuerpo.

Jadeó, se palpó la ancha papada, respiró profundamente y se calmó un tanto.

—¡Sólo era una pesadilla...! —gruñó, más animado.

A través del bello ventanal de su alcoba se divisaba ya la luz lívida del incipiente amanecer.

Kaimori rodó sobre el lecho como una bola de grasa palpitante y se incorporó. En seguida, hizo venir a Warka, su joven ayuda de cámara, que le ayudó a vestirse sus mejores galas.

—¡A la guerra, a la guerra! —gritaba entre dientes. Y Warka le miró con estupor.

Seguidamente, Kaimori se hizo servir un pantagruélico desayuno en sus habitaciones privadas.

Entre bocado y bocado, gruñía, encolerizado:

—¡Traición, traición!

Ordenó a Warka que hiciera comparecer al general Yurka y al resto de su Estado Mayor, los cuales permanecieron en pie mientras el dictador terminaba su festín matinal.

—¿Cuál es exactamente la situación, general Yurka? —farfulló con la boca llena y dirigiendo a todos una mirada terrible.

—El escuadrón de combate que enviamos ayer a Koo-Warani no ha regresado, señor —replicó Yurka—. Mucho me temo que tengamos que enfrentarnos a una insurrección.

Kaimori exhaló un chirrido estridente, se puso en pie y dio una

corta carrera hasta el ventanal. Desde allí, se volvió y señaló a Yurka con un ademán brutal.

—¡La culpa es tuya! —bramó—. Te cubro de oro para que veles por mi seguridad. ¡Y he ahí el resultado!

—Señor, me he limitado a seguir tus instrucciones. Tú jamás me has permitido tomar iniciativas —respondió Yurka, respetuoso pero enérgico.

—¡¡Silencio!! —le fulminó Kaimori.

Yen brusca transición, prorrumpió en una carcajada interminable que hizo temblar su voluminoso y flojo vientre.

—Olvidad cualquier preocupación, mis generales —exclamó, ufano—. Vamos a organizar un raid devastador. Si mis cachicanes se han dejado sorprender por los esclavos, los someteré a tormento y destruiré el campamento hasta no dejar piedra sobre piedra. ¡Los destruiré a todos! ¡Cien mil gusanos! —bramó, despectivo—. ¿Qué importan cien mil parias más o menos? Enviaré a mis guardias a recorrer las ciudades y aldeas y en pocas semanas repondré el contingente de mano de obra.

Se limpió groseramente los labios con el dorso de la mano e hizo un burlón ademán a modo de histriónica reverencia.

—Y ahora, mis generales, descendamos a los hangares y seleccionemos un potente escuadrón de combate —propuso.

Balanceándose grotescamente e hinchando la figura como un pavo real, precedió a sus generales. Un enorme ascensor les llevó a los hangares, situados seiscientos metros más abajo.

Aún no había salido el sol, cuando los montacargas elevaron una treintena de estilizadas naves de combate hasta la dilatada plataforma oval que servía de base a la altiva torre de palacio.

—¡A la guerra, a la guerra! —seguía gritando Kaimori, excitado y tembloroso de ira. Pero cuando los generales ascendieron a las naves, él optó por quedarse en tierra.

Ya rugían los potentes propulsores de las aeronaves atronando los oídos, cuando aparecieron tres veloces pájaros metálicos de entre un alargado banco de niebla.

En el aire silbaron los potentes obuses y cuatro inmóviles aeronaves estallaron envueltas en llamas. Sistemáticamente, las tres

supernaves de Wanthai dieron una pasada tras otra, hasta que el astródromo entero desapareció bajo el humo espeso de las calcinadas chatarras.

En cuanto escuchó la primera explosión, el obeso Kaimori dejó escapar un chillido de espanto y huyó a refugiarse en el laberinto de pasadizos, túneles y estancias subterráneas que había hecho construir con un solo objetivo: esconderse.

* * *

Al anochecer llegaron tres emisarios de Wanthai, que pidieron entrevistarse con el anciano Tummelai.

Zalaad los condujo a presencia del anciano, al que Wanthai había nombrado asesor de su lugarteniente.

Tummelai escrutó durante largo rato las facciones de aquellos guerreros enfundados en cotas de malla doradas.

Simuló un estremecimiento de pánico al pensar que aquellos individuos con apariencia humana no eran sino cadáveres vivientes.

—Hablad —dijo al cabo.

—Nos envía Wanthai. La marcha hacia los barrancos de Wokandri debe emprenderse inmediatamente. ¿Debo llevar algún mensaje vuestro a nuestro jefe? —pronunció uno de los guerreros.

—Decid a Wanthai que la etapa ha sido dura y los hombres tienen los pies destrozados por la larga caminata. Sin embargo, obedeceremos sus órdenes —respondió el anciano, mientras Zalaad hacía correr la noticia de que la segunda etapa se iniciaría en seguida.

Sin dejar de escrutar las facciones de los tres enviados, inquirió:

—¿Cómo se desarrolló el ataque a Kriimon-Rah?

—Con un éxito inesperado —respondió el mensajero—. Treinta naves de guerra se disponían a despegar, cuando caímos sobre el astródromo y atacamos. Las mejores naves de combate de Kaimori han sido destruidas. En seguida se produjo una reacción defensiva. Cañones de gran calibre dispararon contra nosotros, pero antes de que nos pudieran alcanzar nos habíamos alejado.

—Corristeis un gran riesgo —dijo Tummelai, admirado—. Según tengo entendido, la ciudad está erizada de cañones destructores. Sin embargo, vosotros no parecéis demostrar el menor miedo a la muerte.

—¿A la muerte? —preguntó el mensajero, desorientado.

Tummelai carraspeó, turbado.

Yexclamó, precipitadamente:

—Decid a Wanthai que sus órdenes serán cumplidas en el acto. Llegaremos a Kriimon-Rah aunque la mitad de nosotros perezcamos en el camino.

* * *

El silbato resonó en el barranco modulando su extraña e hiriente melodía

Xaori contemplaba a Wanthai, perpleja.

—¿Qué te propones ahora? —preguntó, asombrada—. Me has traído aquí a través de la noche y ahora te pones a hacer sonar ese instrumento que hiere los oídos.

—Ten paciencia. En seguida lo comprenderás —susurró él.

Por encima de la línea del horizonte se elevaba uno de los pálidos satélites de Marte. La luz que el astro expandía era leve, lechosa, espectral. Pero suficiente para los fines de Wanthai el Rebelde.

A poco, se oyó un rumor quedo que pronto fue aumentando de volumen hasta convertirse en fragor.

De las alturas se cernió una bandada de aves carroñeras, las cuales se posaron en tierra agitando violentamente las anchísimas alas.

Xaori exhaló un chillido, retrocedió, aterrada, y fue a refugiarse a los brazos de Wanthai.

—¡Qué horror! —murmuró la joven, estremecida—, ¿Qué son esos corpulentos bichos?

—Son *hizzgus*, los cóndores gigantes de las cumbres de Koo-Warani. Ellos nos llevarán a nuestro destino —respondió el hombre.

Fue ostensible el movimiento de rechazo por parte de la muchacha.

—¿Viajar, volar sobre una de esas espantosas aves? —protestó, temblando de pánico.

Wanthai la apretó entre sus brazos y acarició sus sedosos cabellos, tan negros como el ébano.

—No temas. Para nosotros son inofensivos. Los *hizzgus* me obedecen a través de los sonidos de este silbato. Acércate.

Ella obedeció, temblorosa.

A la luz pálida del satélite nocturno, Xaori distinguió las brillantes cotas doradas de los hombres que cabalgaban sobre las aladas bestias.

—¿Quiénes... quiénes son ésos? —murmuró la joven.

—Tranquilízate, son mis hombres. Ellos nos servirán y protegerán —respondió Wanthai.

Pasmada de asombro y todavía miedosa, Xaori contempló a los hombres que, en grupos de ocho, se afianzaban sobre las espaldas de las monstruosas aves.

Sólo uno de los *hizzgus* carecía de jinete. El cóndor gigante aguardaba aplastado contra el suelo, sujetándose sobre las descomunales alas a medio plegar.

Wanthai subió a su tomo de un salto, se afianzó a las largas y resistentes plumas e inclinándose, tomó a Xaori por una mano y la izó impetuosamente hacia lo alto. Luego la hizo cabalgar sobre el cuello del *hizzgu*, la ciñó por la cintura y susurró a su oído:

—No tienes que temer: yo te sujetaré.

—Si tú estás junto a mí, me las arreglaré para sofocar mi espanto —prometió ella.

Wanthai hinchó el pecho, suspiró y se llevó el silbato a los labios.

Su insólita montura se irguió violentamente y comenzó a correr con desmañados movimientos, extendidas sus anchurosas alas.

Xaori estranguló un gritito medroso. Pero Wanthai la sujetaba férreamente por la cintura.

Súbitamente, el *hizzgu* se desprendió del suelo y planeó majestuosamente. Luego la bestia agitó sus alas con gran potencia y alcanzó altura.

Xaori, bien abrazada por el joven de los largos cabellos rubios, miró hacia atrás y contempló, asombrada, la bandada de cóndores que volaba en pos de ellos.

El viento soplaba con fuerza sobre sus rostros y Xaori hinchó sus pulmones del fresco aire nocturno.

Poco a poco fue tomando confianza. Los *hizzgus* alzaban paulatinamente el vuelo, elevándose sobre el desierto infinito.

Luego Xaori exhaló unos grititos gozosos.

—¡Wanthai, oh, Wanthai! —clamó, alborozada—, ¿No es maravilloso? Desde aquí, el paisaje se convierte en algo mágico y brillante.

El hombre no hizo ningún comentario, pero aumentó ligeramente su presión sobre la cintura femenina.

En aquel momento, Wanthai pensaba en su padre, abrasado vivo en el espeluznante incendio que, años atrás, asolara el lazareto de Yewali. El doctor Suyi Wanthai, apodado El Príncipe de los Leprosos, había sufrido una suerte horrible, pereciendo en compañía de más de tres mil leprosos.

—A él le llamaron Príncipe de los Leprosos —meditó—. Quizá a mí lleguen a llamarme Rey de los Muertos.

El disco lunar iluminaba tenuemente la dilatada extensión desértica. Allá hacia el sur, unas luces brillantes aparecieron en el horizonte.

—¡Kriimon-Rah! —exclamó Wanthai con voz apagada.

En la lejanía se erguía la soberbia torre del palacio de Kaimori, esplendente de luz como una gigantesca antorcha.

Wanthai experimentó una intensa excitación. Ansiaba y al mismo tiempo temía que llegase aquel momento. ¿Qué sentiría cuando se encontrase frente a frente con el déspota? Miles de noches había soñado que estrangulaba a Kaimori con sus propias manos, pero

cuando llegara el momento, ¿sería capaz de cumplir su palabra?

No experimentaba miedo físico, pero temía íntimamente no tener valor suficiente para cumplir su palabra de matar personalmente al tirano.

La distancia se iba acortando. Ya podían distinguirse los perfiles de la ciudad del desierto, cuyos palacios escalonados quedaban en sombras. Sólo la desafiante torre del palacio de Kaimori brillaba como un ascua flamígera.

Los *hizzgus* planeaban majestuosamente, descendiendo hacia la torre. A la luz que brotaba a raudales de los artísticos ventanales, Wanthai pudo admirar los fabulosos jardines colgantes que habían sido construidos, para recreo del dictador, sobre uno de los airosos anillos salientes que adornaban la torre.

Xaori lo contemplaba todo, absorta y deslumbrada.

Súbitamente, el cóndor que les transportaba se abatió sobre los jardines colgantes. El *hizzgu* agitó frenéticamente sus poderosas alas y el viento alborotó los cabellos de Wanthai y de Xaori.

Bruscamente el ave se posó sobre la plataforma de los jardines y ambos fueron arrojados sobre el follaje por encima de la cabeza de la bestia

Simultáneamente, los restantes *hizzgus* se posaban en cornisas y salientes y los guerreros vestidos con mallas doradas saltaban ágilmente de los lomos de los gigantescos cóndores.

Xaori se incorporó lentamente entre las exóticas plantas del principesco jardín colgante.

Estaba cubierta de leves arañazos y se chupaba una pequeña herida de su dedo, cuando exclamó:

—¡Wanthai, ha sido apasionante! ¡Y yo llegué a tener miedo…!

Wanthai, que había llegado a temer por la vida de Xaori, expulsó con fuerza el aire contenido en sus pulmones y susurró:

—¡Calla! Me has dado un susto de muerte.

Se oyó un penetrante silbido y los *hizzgus* saltaron de las elevadas plataformas, aletearon levemente y se perdieron en la noche.

Luego volvió el silencio. De las numerosas ventanas de la

fantástica torre brotaban chorros de deslumbrante luz, pero hasta los oídos de Wanthai y la joven Xaori no llegó el menor rumor sospechoso.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó la joven, con voz queda y susurrante.

Wanthai se asomó al borde de la plataforma, por encima de cuya balaustrada colgaban, frondosas, las ramas de los verdes arbustos.

Allá abajo, sus guerreros se agrupaban ya y se disponían a penetrar en el palacio, cuyas ventanas permanecían entreabiertas.

Kaimori, confiado en la inexpugnabilidad de su palacio-fortaleza, jamás había pensado en la posibilidad de defender las miles de ventanas y balconadas con rejas sólidas. Sería muy fácil penetrar silenciosamente en el dormido palacio y dominar la situación.

Una sonrisa enigmática distendió los labios de Wanthai el Rebelde. Miró a Xaori, la tomó por la mano y susurró a su oído:

—¿Quieres conocer el motivo de nuestro vuelo nocturno? Ven conmigo y lo sabrás.

# CAPÍTULO XI

Kaimori se agitaba, sudoroso, sobre su regio lecho.

Como de costumbre, las pesadillas convertían su sueño en violenta y continua agitación.

Había cometido tantos crímenes, que apenas podía recordar la mayor parte de ellos. Pero lo que jamás podría olvidar era el incendio del lazareto de Yewali y el panorama que se ofreció a sus ojos a la mañana siguiente, cuando quiso comprobar en persona que su odiado enemigo, el doctor Suyi Wanthai, había perecido por fin.

Vio las devastadas salas, las camas de hierros retorcidos, los miles de cadáveres carbonizados que parecían dirigirle tétricas miradas de reconvención...

Kaimori buscaba un cadáver, uno entre miles. Según sus sicarios, el doctor Wanthai jamás se separaba de una joya en forma de cruz que colgaba de su cuello, sujeta por una cadena de cobre.

La visión de aquellas ruinas, en las que se amontonaban los cadáveres, le horrorizó. Pero no descansó hasta que uno de sus esbirros halló el del doctor Wanthai.

Trémulo, se acercó. El cuerpo carbonizado tendía sus manos al grupo de personas que habían querido morir con él. Más de cuarenta cadáveres que formaban una piña alrededor del presunto doctor Wanthai

Sólo hallaron intacta la cadena de cobre. Sobre el tórax chamuscado se veía una gran estrella dorada formada por doce brazos: el oro se había derretido sobre el pecho de aquel hombre.

Kaimori se marchó de allí, tembloroso y aterrado. No era lo mismo ordenar a sus esbirros que mataran indiscriminadamente, que ser testigo presencial de la matanza y sus espantosos resultados.

Nunca tuvo la evidencia profunda de que el doctor Wanthai hubiera muerto. Y sus constantes pesadillas le hicieron concebir la supersticiosa sospecha de que, a pesar de todo, el rector del lazareto de Yewali había conseguido escapar de la masacre.

Aquella noche se había emborrachado para ahuyentar sus temores, después de una furiosa explosión de nervios al enterarse de que lo más selecto de sus generales y —lo que para él era todavía peor — sus más potentes supernaves habían resultado destruidos, aniquilados, como consecuencia de un fulminante ataque aéreo por parte de los rebeldes de Koo-Warani.

Quizá el exceso de alcohol era la consecuencia de la espantosa pesadilla que sufría aquella noche y que le obligaba a agitarse fieramente sobre el lecho de seda fina.

En su delirio, veía alzarse al doctor Wanthai de su tumba y avanzar sobre él con las sarmentosas manos extendidas, dispuesto a estrangularle.

El fantasma avanzaba lentamente, inconmovible. Y de repente, su voz se multiplicaba a lo largo de los fastuosos salones y de la interminable escalera de caracol que descendía más de seiscientos metros.

—¡¡Levántate, asesino!!

La voz, tonante, retumbó dolorosamente en su cerebro.

Kaimori se revolvió sobre el lujoso lecho y gimió locamente:

—¡ ¡ No-no-no-no-no-no-no...!!

Sintió que unas manos de rígidos dedos le atenazaban y le zarandeaban con singular violencia

YKaimori despertó.

Su ancho y redondo rostro, enrojecido por la congestión alcohólica, se tomó grisáceo.

—¡El doctor Suyi Wanthai! —chilló.

Sentado sobre el lecho, retrocedió, al tiempo que se pellizcaba las mejillas para convencerse de que no estaba soñando.

Pero quien acababa de aparecer en su alcoba no era el Príncipe de los Leprosos, sino su hijo, Wanthai el Rebelde.

Kaimori le miraba fijamente, despavorido.

De repente, dio un increíble salto y desapareció tras el dosel del recargado y suntuoso lecho.

—¡No puedes matarme no puedes…! ¡Tú perteneces al Reino de las Sombras, y yo soy el artífice del Reino de la Luz! —resonó la voz histérica de Kaimori bajo las bóvedas.

Wanthai miró hacia atrás. Bajo la cortina de raso que velaba la entrada al dormitorio de Kaimori, una pálida e indecisa Xaori le contemplaba con estupor.

—Quédate ahí. No temas. Mis servidores cuidarán de ti —dijo. Y saltó tras el lecho del tirano.

Un muro sólido le frenó. Pero desde alguna parte seguían llegando los locos gritos del tirano. Fiándose por su oído, Wanthai golpeó la pared con su robusto hombro y un sector del muro pivotó sobre sus ejes.

Wanthai se precipitó hacia adelante, cayó dando volteretas y se incorporó de un ágil y espectacular salto.

Giró la mirada a su alrededor, deslumbrado.

Se encontraba en el salón del trono, aquella opulenta estancia en la que los orfebres de Kaimoria habían invertido más de un centenar de toneladas de oro.

A su alrededor, todo fulgía con relumbres dorados: muros, techo, piso… Alzó la mirada y vio a Kaimori, sentado en el sillón del trono, un pesado y macizo mueble de oro incrustado de riquísimas piedras preciosas.

El tirano parecía abatido. Inclinado hacia adelante, apoyaba los codos en sus rodillas y ocultaba el rostro entre las manos.

Gemía quejumbrosamente. Wanthai, indeciso, le observó durante largo rato.

Pero al fin comenzó a ascender lentamente los peldaños, rígidos los músculos faciales y crispadas las manos.

Las láminas de oro que cubrían la ancha escalinata eran tan pulidas y espejeantes que Wanthai pudo verse reflejado en ellas.

Vio su rostro, transido por el odio, deformadas las facciones, convertidas en imagen horripilante.

Pero recordó el cadáver retorcido y carbonizado de su padre y continuó lentamente la ascensión.

Kaimori sollozaba quedamente, y su floja panza se estremecía al compás de los gemidos.

Luego, súbitamente, los dedos agarrotados de Wanthai cayeron sobre su ancho y blando cuello y comenzaron a apretar...

Kaimori jadeó. Sus cortos brazos no lograban alcanzar el rostro de su enemigo. Se congestionaba, su rostro se tornaba oliváceo y después gris y luego morado.

Hasta que estalló aquel grito a espaldas de Wanthai:

—¡No le mates! ¿No ves que sólo es un pobre loco?

Wanthai soltó su presa y se volvió de un salto.

En el paroxismo de la furia vindicativa, ni siquiera había reconocido la voz de Xaori, la cual aguardaba al pie de la escalinata, transida y llorosa.

—¡Te lo suplico, déjale! ¡Es un infeliz perturbado!

Wanthai se agitó, indeciso.

Yen aquel momento, una diabólica carcajada resonó a su espalda.

Se volvió de un brinco, dispuestos sus músculos y ávido de matar, cuando vio que la rechoncha figura de Kaimori descendía como tragada por el suelo y desaparecía a sus ojos.

Furiosamente ascendió al trono, observó con ansia el suelo, aferró las planchas de oro, trató de insertar sus uñas en las junturas...

Todo fue inútil. Sus dedos sangraron, pero no consiguieron separar las losas doradas.

Rabioso primero, abatido y frustrado después, se dejó caer sobre el último peldaño de la escalinata.

Unas manos frescas y tiernas se posaron sobre su frente febril.

—¡Wanthai...!

—¡Déjame! Por tu culpa he faltado a mi promesa. Juré matarle con mis manos, pero tú me distrajiste y ese monstruo ha huido — barbotó.

Xaori calló.

Sólo al cabo de largo rato, ella volvió a acariciarle. Y esta vez Wanthai no rechazó sus caricias.

—¿No lo comprendes, Wanthai? Si te hubieras dejado llevar por tus peores instintos, nunca hubieras sido feliz. El pobre e infeliz perturbado ha huido. Déjalo escapar. A cambio, tú estarás en paz —susurró ella, con voz suave y persuasiva.

Poco a poco, Wanthai reaccionó.

Miró, admirado, a aquella jovencita de ingenuas facciones e incipientes formas de mujer.

Le parecía increíble que aquella mujer, casi una niña, poseyera tanta clarividencia y razón.

Yal cabo, el hombre murmuró, sosegado:

—Has hecho bien, Xaori. Has domeñado lo peor que un hombre alberga en su corazón: el ansia homicida, te estoy... te estoy profundamente agradecido.

Xaori le acarició suavemente los brillantes cabellos, que se confundían con las gruesas láminas de oro que pavimentaban el trono.

—¡Tonto! —musitó ella—. No pronuncies la palabra *agradecimiento*... ¿No conoces la palabra *amor*?

—Amor —dijo él.

Yapasionadamente la abrazó y se fundió con ella, aspirando el aroma natural de sus cabellos y acariciando vehemente su cuerpo juvenil, elástico y tierno.

Permanecieron estrechamente abrazados durante un espacio de tiempo incalculable.

Un rayo de luz penetró a través de los bellos vitrales situados detrás del trono, y Wanthai irguió con ímpetu la cabeza.

—Está amaneciendo —exclamó, admirado—. Zalaad, Tummelai y los cien mil soldados de Koo-Warani han debido recibir mi mensaje y estarán ya muy cerca de Kriimon-Rah. Salgamos a reunimos con ellos.

Descendieron del trono de Kaimori, aquella sede suntuosa que el tirano había soñado ocupar durante un millón de años.

Salieron al salón anterior y tomaron el gran ascensor, que les

dejó minutos después en la plataforma oval, donde aún se veían los restos retorcidos de treinta superaeronaves destrozadas.

Cuando comenzaron a caminar por la gran vía escalonada, un clamor exhalado por miles de voces les saludó.

# CAPÍTULO XII

Los puentes salvaron el vado vertiginosamente y tendieron sus largos arcos por encima del foso.

Inmediatamente, la tropa que mandaba Zalaad penetró en la ciudad con gran algarabía y ascendió por las avenidas escalonadas de la metrópoli.

La muchedumbre hormigueaba espectacularmente a lo largo de los baluartes, los jardines y las deslumbrantes avenidas de circulación.

Según sabría Wanthai después, más de treinta y cinco mil hombres habían perecido en la larga marcha sobre Kriimon-Rah. Los más viejos y depauperados habían sido los primeros en abandonar. Extenuados y rendidos, serían fácil presa para los reptiles y voraces alimañas diurnas del desierto. Muchos se habían quedado atrás, heridos o desalentados.

El camino había sido largo, demasiado duro y agotador, para unos hombres que, en su mayoría, habían dejado su vida al pie del acantilado abrupto de Koo-Warani.

Pero los que lograron cubrir el largo y difícil itinerario estaban ebrios de victoria y ansiosos de venganza.

Desde una de las explanadas intermedias, Wanthai oía sus gritos de excitación. Registraban alocadamente los palacios que Kaimori había reservado a sus hijos, nietos y biznietos en su desbordado delirio. Entraban y salían, gritaban y se mostraban violentos e indisciplinados. Su rabia iba en aumento a medida que se convencían de que los fastuosos palacios, residencias y jardines estaban desiertos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Wanthai a Xaori, notando que la muchacha temblaba.

—Siento espanto, Wanthai. Esos hombres... Están enloquecidos, sólo los mueve la sed de venganza y el ansia de matar —respondió ella, trémula

—Yo lo impediré —respondió el hombre.

Ydescendió por la gran avenida escalonada, ágiles los pasos y ondeando la cabellera dorada al viento.

Allá abajo, Wanthai el Rebelde se reunió con Zalaad, Tummelai y un grueso contingente de guerreros, al frente de los cuales marchaban los jefes designados por el anciano.

—¡Deteneos! —gritó el líder—. El imperio de Kaimori ha terminado. No habrá más lucha, no habrá más violencia. Reposad, ocupad los palacios y las estancias, alimentaos y dejad que vuestros cuerpos recobren la energía perdida. Después nos reuniremos en asamblea.

Tummelai avanzó hacia él, se inclinó levemente y le abrazó:

—¡Gloria a Wanthai, caudillo de los humildes! —gritó. Pero su grito no fue coreado, como esperaba, por la muchedumbre.

Zalaad se acercó a él y susurró a su oído:

—Los ánimos están encrespados, Wanthai. Los soldados que te juraron fidelidad han cumplido y ahora desean linchar al tirano. Me temo que no puedes negárselo.

Wanthai retrocedió unos pasos. Por encima de él, Xaori, apoyada en la balaustrada de mármol que los ex prisioneros de Koo-Warani habían labrado penosamente con sus manos, les observaba, jadeando por la prolongada carrera en pos de él.

—Kaimori se ha ocultado en el laberinto. No creo que pueda salir jamás de él —pronunció Wanthai—, Pero si lo que queréis es capturarle, os autorizo a subir a la torre. Pero oídme: no habrá más revanchas. Los soldados de la guardia y los cortesanos de Kaimori no han ofrecido resistencia. Respetadlos.

Un clamor entusiasta se alzó de la plebe.

Entretanto, Wanthai ascendía hasta Xaori, a la que tomó por un brazo y llevó a Tummelai.

—Te la confío hasta mi vuelta, anciano. Ahora tengo que ausentarme.

Por la escalinata descendían pausadamente más de trescientos guerreros vestidos con cotas de malla doradas. Llegados al lugar donde se hallaba Wanthai, se detuvieron. No había manchas de sangre en sus manos ni en sus vestiduras.

Zalaad se agitó, inquieto.

—¿Adónde vas, Wanthai? Las gentes que tú encomendaste a mi gobierno quieren aclamarte por soberano.

—Ahora tengo otras cosas que hacer —respondió Wanthai, severo y adusto—. Si creéis que me debéis algún homenaje, respetad mis órdenes.

—Así lo haremos —juró Zalaad, emocionado.

Wanthai acarició las mejillas de Xaori, cuyos labios temblaron levemente, estrechó el brazo de Tummelai y luego descendió despacio la escalinata, seguido por los guerreros de áureas vestiduras guerreras.

* * *

Largos días más tarde, un hombre de cabellos dorados y figura ágil y atlética atravesó el árido desierto y llegó hasta el borde del profundo foso que rodeaba la metrópoli de Kriimon-Rah.

Vio su silueta reflejada en las azules aguas, pero sus ojos no pudieron avizorar las formas alargadas y oscuras de los temibles escualos.

Permaneció allí largos minutos, enhiesto y contemplando las altas murallas y la pendiente escalonada de la silenciosa ciudad.

Kriimon-Rah parecía desierta. Ningún hálito de vida parecía vibrar en ella. Nadie se asomaba a los lujuriantes jardines colgantes, ni paseaba por sus bellas avenidas; ningún grito resonaba en los campos de juegos olímpicos; no se oían voces ni risas. Todo parecía muerto.

Wanthai parpadeó, asombrado.

Luego, repentinamente, la ciudad estalló en una algarabía ensordecedora de gritos, vítores y aclamaciones.

El atrevido arco de un puente surgió de entre las frondas colgantes y vino a posarse lentamente a los pies de Wanthai.

Una multitud abigarrada corría desde las altas plataformas y explanadas sin cesar de gritar estruendosamente. Miles y miles de personas formaban una densa muchedumbre que descendía hasta el ancho puente de acceso.

Wanthai lo observaba todo, inmóvil, erguido, pero íntimamente sorprendido.

Al fin, vio venir a Tummelai, Zalaad y Xaori, todos los cuales vestían ricas vestiduras.

Corrían alborozados a través del puente, sin cesar de gritar y de aplaudir hasta enronquecen

Cuando Tummelai llegó a su lado, todos los demás se detuvieron. El puente estaba abarrotado de personas, así como los miradores y baluartes de la muralla, las avenidas de circulación, las anchas y vistosas vías escalonadas…

Tummelai avanzó unos pasos y le tomó por los brazos. Emocionado, se fundió con él en un abrazo:

—¡Al fin has vuelto, Kaipiri!

—Sí. He venido a recoger a Xaori.

—¿Sólo por eso? Aquí todos te aclaman por rey. Durante varias semanas hemos aguardado ansiosos tu vuelta. Ahora, Kaipiri, no puedes dejarnos.

Pero el semblante de Wanthai parecía inconmovible.

—Quizá ahora me llamaseis rey, y más tarde, acaso, Rey de los Muertos —pronunció, sombrío.

Tummelai tardó en responder.

Escrutó largamente las facciones del joven y habló en voz baja y confidencial:

—Imagino cuál era el motivo de tu misterioso viaje. Fuiste a devolver a tus guerreros a…

—Sí. Fui a devolverlos al mausoleo de Krosggark. Ahora descansarán para siempre en sus tumbas —respondió.

—Has cumplido todo aquello que te habías propuesto, Kaipiri. Pero nosotros seguimos necesitándote. Tú eres nuestro jefe y no puedes negarte a acaudillarnos —le interpeló el anciano.

Wanthai parpadeó.

—¿Ya no me consideras un profanador, un sacrílego? —susurró, espiando la expresión del rostro apergaminado de Tummelai.

—No. Tus palabras me convencieron. Utilizaste tu ciencia y los cuerpos de las víctimas de Kaimori para luchar contra él y su feroz tiranía Ahora vienes de devolver la paz a los muertos. Vuelves a ser nuestro rey.

Wanthai vaciló.

—Nunca pensé ser rey, ni siquiera un jefe. Sólo pretendía borrar el imperio del terror que Kaimori pretendía expandir por todo el planeta. En realidad, yo soy médico. Sólo aspiro a seguir ejerciendo mi profesión y a cuidar de Xaori por el resto de mis días —pronunció.

—Y seguirás siendo médico, Kaipiri. Pero también serás nuestro rey. ¡Oye el clamor, Kaipiri Wanthai!

Ensordecedores vítores de «¡Wanthai, rey; Wanthai, rey!» fueron pronunciados por miles de gargantas.

Wanthai avanzó unos pasos y luego, ya más decidido, cruzó el puente y fue a unirse con Xaori, Zalaad, los jefes de brigadas y la espesa muchedumbre que le aclamaba sin cesar.

Precisamente, entre la muchedumbre estaban muchos cortesanos y miembros de la antigua guardia de corps de Kaimori.

Zalaad le tomó por los brazos, expectante, ávido de escuchar la palabra de Wanthai.

—Habéis acatado mis órdenes. Habéis sido piadosos y compasivos —dijo—. Os lo agradezco.

Tomó a Xaori de la mano. Se miraron profundamente. Los húmedos labios de la joven temblaron.

—¡Wanthai…! —murmuró ella, cálidamente.

—Xaori —respondió el, ansioso por estrecharla entre sus brazos, pero consciente de que las circunstancias no eran idóneas para dar rienda suelta a sus más íntimos y apasionados sentimientos.

La muchedumbre les rodeó y les siguió apretadamente cuando la comitiva emprendió la lenta ascensión a través de la principal vía escalonada.

Mucho más arriba, Wanthai se detuvo para recuperar el aliento y todos le imitaron, aliviados, pues el joven había ido apretando el paso inconscientemente.

—¿Qué fue de Kaimori? —peguntó a Zalaad.

El joven titán negro sonrió.

—¿Kaimori? ¡Quién se acuerda de él! —exclamó, risueño—. El día que tú te marchaste, subimos a la torre y lo registramos todo ansiosamente. Hallamos el conducto de un ascensor secreto que descendía hasta los subterráneos. Yo y varios hombres escogidos descendimos al laberinto. Pero una colosal puerta de granito estuvo a punto de aplastarnos. Logramos destrozarla y nos abrimos paso a través de un largo túnel. Más allá, el suelo se hundió repentinamente en un gran espacio y milagrosamente no nos despeñamos a un profundo pozo de lisas paredes. Lo confieso, Wanthai: nos asustamos y decidimos regresar. Kaimori construyó ese laberinto subterráneo para escapar si las circunstancias le obligaban, pero creo que él mismo cayó en su propia trampa.

Tummelai tomó la palabra.

—Así es. Por la noche, algunos creen oír sus lamentos que provienen de las entrañas de la tierra —relató—, Pero yo debo ser un poco duro de oído, porque he dormido con gran satisfacción desde que llegué a esta bellísima ciudad, a la que hemos decidido en asamblea bautizar nuevamente con el nombre de Wanthaikari, es decir Ciudad de Wanthai.

—Nuestros soldados se han convertido en ciudadanos de buena gana —le informó Zalaad—. Al principio hubo algunos desórdenes, pero recordamos tus instrucciones y logramos imponer la tranquilidad en los espíritus de nuestros camaradas. Durante las últimas semanas, han comenzado a afluir gentes de Hagora, Yewali, Khandra y las aldeas del este. Han llegado gran cantidad de mujeres y se están celebrando matrimonios, que serán ratificados y registrados en cuando tú decidas aceptar ser nuestro jefe.

—Calmamos a los más levantiscos y violentos de nuestros compañeros desafiándoles a pescar a los tiburones y saurios que pululaban en los fosos. Hubo momentos emocionantes, puedo asegurártelo —afirmó Tummelai— y hubiera deseado que tú estuvieras presente. Pero aún quedan algunos de esos voraces escualos. Convendrás conmigo, Kaipiri Wanthai, en nuestro sentido humorístico: hemos decidido comernos los tiburones que Kaimori ordenó echar a las aguas con la esperanza de que los escualos nos devorasen a nosotros…

Por primera vez, una sonrisa abierta distendió los labios de

Wanthai.

Miró a Xaori y ella le oprimió cálidamente la mano.

La muchedumbre se arremolinaba ante ellos y la algarabía iba *in crescendo*.

—¡Hacedlos callar de alguna forma! —pidió Wanthai, molesto —. Durante cuarenta días, he permanecido en mitad del desierto, con el silencio profundo rodeándome. Todo este jolgorio me atruena los oídos.

Tummelai respondió:

—Sólo hay una forma de acallarlos: aceptando el liderazgo que ellos te ofrecen.

—¡Sea! —respondió el joven, impaciente.

Elevó la voz reclamando silencio y cuando las voces callaron, pronunció con voz estentórea:

—¡Acepto ser vuestro líder y prometo gobernar con bondad y justicia! Y ahora, os lo ruego, ¡¡quisiera estar a solas con Xaori!!

Los vítores se expandieron por doquier. Pero Zalaad abrió a Wanthai y a Xaori un pasillo a través de la multitud, en dirección a la plataforma oval, por donde ambos ascendieron rápidamente, hasta desaparecer a la vista de la plebe.

Yes fama que nadie volvió a verlos hasta una semana más tarde.

Aquella noche ningún grito turbó la paz que reinaba sobre la gran metrópoli de Wanthaikari.

Algunos juraban que los lamentos de Kaimori, perdido en los infinitos pasadizos de su laberinto, no le habían dejado dormir.

Pero no fue ése el caso de Wanthai y Xaori, los cuales, encerrados en su alcoba nupcial, se entregaban al excitante y eterno juego del amor…

# FIN